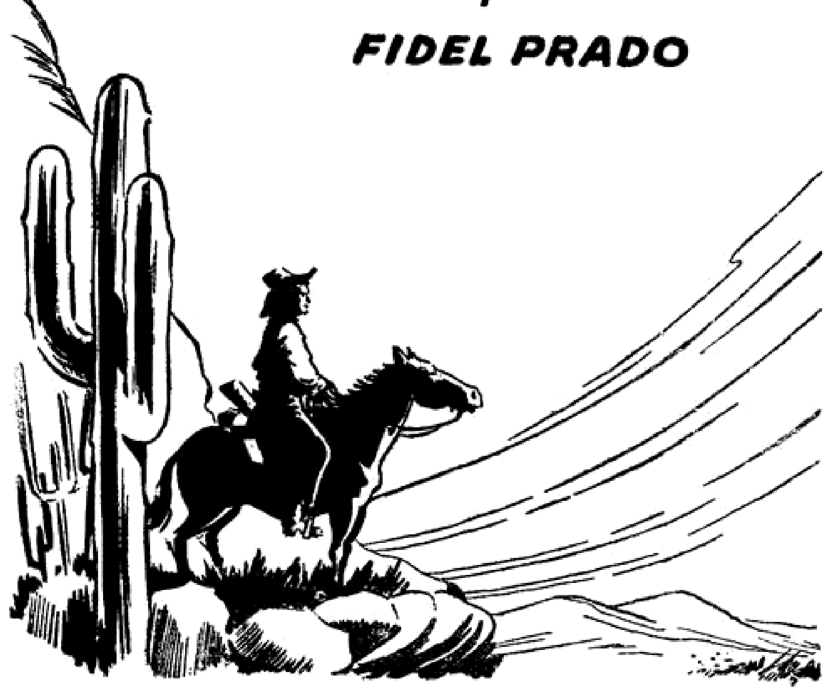

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LOS HIJOS DEL DIABLO
POR FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



Es propiedad
del editor.
Reservados
los derechos.

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


Los Hijos del
DIABLO

CAPÍTULO PRIMERO

Una reunión interesante

LOS señores Jud Woolmeer, Donald O'Regen, Stanley Harvey y Steve Ryley, eran cuatro individuos a quienes la gente creía conocer, aunque, en realidad, este conocimiento fuese más superficial que efectivo.

Se les consideraba como hombres de buena posición, poco exhibicionistas, ciudadanos tranquilos, de vida sencilla y clara; pero, en el fondo, eran cuatro perfectos granujas, que en el anónimo realizaban negocios no muy claros, pero sí excelentemente productivos.

O'Regen poseía una fábrica de conservas en los alrededores de Chicago, en la que entraba más carne de contrabando que adquirida legalmente; comerciaba con todos los intermediarios en robos de ganado y pagaba mal lo que estaba mal adquirido, realizando un pingüe negocio, que tenía tan bien montado, que parecía imposible descubrirlo. Woolmeer poseía una formidable agencia de informes repartida por todo el continente, que le tenía al día de los hacendados y propietarios sumidos en necesidades perentorias de dinero, para inmediatamente brindarles su apoyo y obligarles a firmar unos raros documentos que al final eran la cuerda a su

cuello, pues sus propiedades iban a parar íntegras, por una ínfima parte de su valor, a manos del feroz usurero. Stanley Harvey era agente de exportación, y su negocio estaba tan bien montado, que los trenes descarrilaban, se incendiaban o se despeñaban portando sus mercancías, para exigir luego una fuerte indemnización, siendo lo notable que, cuando los siniestros se producían, las mercancías aseguradas solían no existir, o existir en malas condiciones y en pequeña cantidad, pero esto generalmente se ignoraba, porque todo desaparecía en el accidente. Y en cuanto a Steve Ryley, poseía un despacho muy coquetón, donde solía jugar partidas de póker con sus amigos, aunque estos amigos sólo eran gente que acudía a tratar con él de préstamos para toda clase de negocios sucios y enrevesados, en los que solía llevar buenos beneficios.

Así como O'Regen habitaba en Chicago, Jud Woolmeer tenía su residencia en Boston, Stanley Harvey en Filadelfia y Ryley en Texas.

Estos cuatro ciudadanos de la Unión, que ni se conocían ni tenían noticia alguna de su mutua existencia sobre el globo, tuvieron la ocasión de conocerse un día, en virtud de cuatro misteriosas misivas que recibieron al unísono y que les obligó a maldecir en todos los tonos, pero a no desdeñar el contenido de las cartas.

Éstas, escritas en un precioso papel color crema, tenían dibujadas en el esquinazo inferior una extraña y grotesca silueta. Se trataba de una tosca figura con un largo sayal, un capuchón terminado en punta, que sólo mostraba los vanos de los ojos vacíos, y unas mangas flotantes; pero esta figura grotesca, que parecía trazada por una mano infantil, poseía un terrible significado en toda América, sobre todo en el Este. Era la figura simbólica de una secta entonces en boga, titulada «El Ku-Klux-Klan», cuyo poder y fuerza nadie podía desafiar impunemente sin peligro de muerte.

¿Cuál era el significado del nombre de la secta y cuales sus fines prácticos?

Respecto al nombre, nadie ha podido averiguarlo, porque carece de traducción posible. Según unos, es la imitación del ruido que producía el gatillo de un fusil al tirar de él, aunque otros la descomponían en tres partes con tres significados que para nada concuerdan.

En cuanto a los fines, ya era otra cosa. Éstos, aunque misteriosos

y reprobables, estaban claros, y, por estar claros, constituyeron durante muchos años una pesadilla para el Gobierno norteamericano.

Su aparición se realizó en algunos distritos de Carolina del Norte, corriéndose rápidamente a la del Sur, Georgia, Alabama, Misisipí, Kentucky y Tennessee, para después alargar sus tentáculos a Texas, donde sus agentes trabajaron intensamente.

Sus miembros fueron reclutados principalmente entre individuos desafectos a la Unión y partidarios de la esclavitud. Fué la secta un producto de la postguerra civil y se convirtió en una terrible plaga social, que aún hoy tiene adeptos y algunas ramificaciones insignificantes.

Constituidos en asociación, sus asociados se juramentaban para no descubrir sus estatutos misteriosos ni sus secretos, bajo pena de muerte, y solían aparecer a caballo y enmascarados, con el capuchón, que se hizo famoso, cuando iban a cometer sus terribles latrocinios. No se detenían ante el asesinato, el incendio o el crimen más abominable. Si un predicador les anatematizaba, le mataban a tiros donde le encontraban; si un honrado comerciante o industrial hablaba duramente de la secta, era apaleado brutalmente hasta dejarle los huesos al descubierto; si un juez condenaba a algún asociado de la organización, era asesinado a tiros en el propio tribunal. Y tal fuerza, tal incremento llegó a adquirir el «Ku-Klux-Klan», que el gobernador de Carolina del Sur tuvo que pedir al Presidente Grant un ejército para combatirlo en su distrito, donde se había convertido, no en una banda sino en un verdadero ejército disciplinado y organizado para el robo, el crimen y la destrucción.

El Gobierno hubo de conceder poderes dictatoriales al Presidente para el exterminio de la banda, y hubo luchas durísimas y escenas de verdadero terror.

En la secta estaban afiliados todos los elementos enemigos del orden y fuera de la ley, y esto basta para darse una idea de qué elementos serían, en aquella época, recién concluida la guerra civil.

Por esta razón, los cuatro misteriosos vividores, apenas descubrieron el símbolo del «Ku-Klux-Klan» en sus respectivas misivas, abrieron mucho los ojos y la boca, y temblaron como el reo ante la cuerda que va a colgarle, y con los ojos nublados por la angustia se enteraron del contenido de las cartas.

Sin embargo, éstas no encerraban amenazas de muerte, ni exigían cantidades de dinero, ni parecían enviadas como mensajeros de muerte. Las cuatro, redactadas idénticamente, sólo variaban en el nombre del destinatario, y decían escuetamente:

«Muy señor mío:

”Teniendo que tratar con usted de negocios importantísimos que pueden reportarle excelentes ganancias, le ruego que el próximo día 27, a las diez en punto de la mañana, se presente, sin excusa alguna, en Richmond, «Villa Baltimore», Avenida de Filadelfia, 134, y pregunte por mí, presentando como justificante de cita esta carta.

«Me permito advertirle benévolamente, que esta invitación es personal y secreta, y que sólo usted debe enterarse de su contenido.

»Seguro de tener el placer de estrechar su mano el próximo día 27, le saluda atentamente.

”Jackie Lane».

Así, el citado día 27, con un intervalo de cinco minutos nada más, cuatro carruajes se detenían ante la escalinata de una bonita y alegre villa de la Avenida de Baltimore, y sus ocupantes, pálidos y ojerosos, se entrevistaban con un imponente criado negro vestido con una llamativa librea, quien les recibía en tono cortés.

A la pregunta de: «¿A quién desea ver?», daban el nombre, y él criado, muy amable, insinuaba:

—¿No viene usted equivocado?

El visitante mostraba la carta, y el negro, entonces, solícito, le hacía pasar a un pequeño recibimiento, donde le ordenaba esperar un poco.

Cada visitante fue recluido en un cuarto distinto, y cuando los cuatro se hallaron en la villa, el negro ascendió al piso superior y, atravesando un hall suntuoso, llamó discretamente a una puerta tallada en roble.

Una voz áspera contestó desde el interior:

—Pasa, Tom. ¿Qué noticias traes?

El negro, rígido en la puerta, se enfrentó con un individuo de estatura media, más bien alto, de pelo encanecido, una larga barba corrida que tapaba su rostro y unas enormes gafas de color caramelo que acababan de convertirle en una máscara disimulada.

—Señor —dijo el negro—, ahí fuera esperan los cuatro caballeros citados para hoy.

—¡Ah, bien! Me encanta la amabilidad y puntualidad de esos seres seráficos. Hazlos pasar al salón de visitas, y procura que no falten unas buenas botellas de *whisky*, cigarros de Virginia y algunos dulces.

El negro abandonó la estancia, y el misterioso Lane, sonriendo de una manera peculiar, abandonó su despacho por una puerta disimulada y penetró en el salón de recibir antes de que lo hiciesen sus huéspedes.

Aquel salón, sobrio y elegante, poseía en el centro una soberbia mesa de nogal barnizado, que brillaba como un espejo, media docena de amplios sillones con los asientos y los respaldos de cuero repujado, varias panoplias con armas raras, una gran vitrina encerrando objetos de arte y una repisa adosada en la pared, en la que se destacaban cuatro retratos en marcos de plata.

Por una extraña paradoja, aquellos retratos correspondían a los cuatro visitantes que por vez primera se iban a entrevistar con el misterioso señor Lane.

Éste se sentó a la cabecera de la mesa, en la que ya aparecían las botellas pedidas, las cajas de cigarros puros y las bandejas de dulces, y encendiendo un magnífico cigarro, clavó sus ojos en la

puerta fronteriza. Aunque las gafas mataban su fulgor, se adivinaba que eran unos ojos agudos, fríos y crueles.

Tom abrió la puerta, colocándose ceremoniosamente a un lado para dejar pasar a los visitantes, y éstos penetraron pálidos y temblones, mirando a todos lados con ojos angustiosos.

Lane se levantó sonriente y, extendiendo el brazo, exclamó:

—Pasen, señores, pasen; no tengan recelo alguno, que este salón no es una cámara de tortura. Tengo mucho gusto en conocerles personalmente y en ofrecerles mi saludo y mi leal amistad.

Los cuatro avanzaron hacia las sillas que Lane les indicaba, pero los cuatro, como guiados por un mismo impulso, habían fijado su mirada en los retratos colocados en la repisa y no podían ocultar su asombro al encontrar allí su propia efigie.

Lane, acentuando su sardónica sonrisa, comentó:

—¿Qué contemplan ustedes, su propio retrato? ¿Verdad que están muy bien sacadas las reproducciones? Me tomé la molestia de mandarlas hacer, porque hombres como ustedes son merecedores de figurar en mi hermosa colección de tipos extraordinarios de la Nación y… porque necesitaba convencerme de que mis amables visitantes de este momento eran los mismos a quien yo tenía mucho gusto en conocer personalmente y en charlar amigablemente con ellos. Otra cosa, les hubiese podido acarrear serios disgustos que me hubiesen contrariado hondamente.

Los cuatro trataron de sonreír, aunque sólo lograron iniciar una mueca agria. Aquel ser misterioso era algo excepcional, cuya medida se la daba aquel detalle de las fotos.

Lane, extremando su amabilidad, indicó:

—Pero, siéntense, señores, y háganme el honor de escoger un buen cigarro de Virginia y saborear este *whisky* de Kentucky, fabricado expresamente para mi uso… y el de mis buenos amigos. Siempre, una charla amigable entre espirales de aromático humo y chasquido de lengua gustando una bebida tan exquisita, resulta más agradable y más optimista.

Los cuatro se sentaron mecánicamente, y en tanto que su anfitrión llenaba las copas, continuó:

—Son ustedes hombres privilegiados, señores míos. Vivos, activos, recatados, han sabido montar unos negocios muy productivos y saneados, sin que nadie se sienta soliviantado por sus

actividades. Los cuatro, cada uno en su rama, saben hacer las cosas y extraer el dinero al prójimo con suavidad, pero con energía, y hombres así, sabios y discretos, son los que a mí me gustan y los que considero que merecen redondear aún más sus capitales con negocios de una importancia que eclipse a los que actualmente usufructúan.

»Créanme que me he visto apurado para hacer una selección digna, hasta encontrar cuatro hombres a propósito para mis colosales planes de negocios. Hay muchos granujas en la Unión, lo reconozco, pero no todos poseen la habilidad, el tacto, la preocupación de interesarse por el "qué dirán" que poseen ustedes.

Los cuatro se miraron de reojo. El calificativo de granujas que les había sido aplicado, les hizo iniciar un gestó de desagrado. Se sabían más que granujas, pero no les agradaba que se manifestase en público y en alta voz.

Lane adivinó sus pensamientos, porque se apresuró a aclarar:

—No hay que molestarse porque aquí salgan a relucir las cosas que cada cual reserva para sí. Estamos en familia, debemos conocernos más a fondo y, a fin de cuentas, no creo que ninguno tengamos nada que echarnos en cara.

»Yo me he informado bien de sus actividades antes de citarles, y, como digo, me ha gustado sobre su espíritu comercial, su discreción, su tacto, su modestia para hacerse pasar desapercibidos. Los hombres vanidosos suelen perjudicarse a sí mismos por esa vanidad mal entendida y, al final, como sus negocios no descansan sobre alas de angelitos, suelen caer estrepitosamente si alguien, atraído por el olor, mete la nariz en ellos y huele un perfume que no le agrade.

«Por este motivo, ustedes han sido los preferidos y quiero aclararles que, aunque la llamada procede de una organización que se vale por sus propios medios para operar con acierto y energía, ustedes puede decirse que, aun sirviéndola, van a estar al margen de ella.

»Ahora les explicaré el objeto de la llamada.

«Tengo el encargo de proceder a iniciar una serie de negocios sucios —tenemos que hablar claro— y de gran envergadura, que traigan de cabeza a las autoridades y al país.

»Claro que ustedes no han sido sudistas. Salvo el señor Ryley,

que por ser tejano debe sentir simpatía por los que lucharon por sus privilegios bien ganados, los demás pertenecen al norte y no pueden apreciar profundamente el espíritu dolorido de los que, además de ser vencidos, estamos siendo humillados por un Gobierno que, aunque se dice magnánimo, nos está tratando, no como a hermanos, sino como a esclavos.

«Las tornas se han cambiado; hoy se ha dado libertad a los negros y se ha esclavizado a los antiguos amos y este trato enciende la Sangre del sur y le lanza a buscar una compensación donde la encuentra, sin mirar cómo ni de qué manera.

»Ya que no podemos hacer la guerra con las armas en la mano y en plan militar, la hacemos con los medios que más nos favorecen, y uno de ellos va a ser provocar una serie de catástrofes nacionales en la que mucha gente se va a hundir y va a hundir sus millones, pero como nosotros saldremos más que beneficiados con ello, nada nos importan los demás.

«Yo poseo un lema que les brindo para que lo hagan propio: “Norteamérica empieza en la punta de mis zapatos y acaba en la copa de mi sombrero”. Todo lo que se salga de ese perímetro, nada me importa…

»Para esta serie de negocios de envergadura y poco escrupulosos, necesito gente como ustedes, activa, discreta y entendida, que, respaldada por mí, haga grandes cosas… Quiero no sólo soliviantar el ánimo del Gobierno, sino que lance a la lucha, a determinado elemento, el más peligroso de toda la Nación y al que acude siempre cuando se ve en situaciones apuradas.

Los cuatro, que no habían abierto la boca para decir palabra, se miraron con extrañeza, y Lane agregó: Quiero suponer que es conocido de todos ustedes y en particular del señor Ryley, que tiene su cuartel general cerca de Río Grande, me refiero al capitán Jim Texas.

Ryley, que fue el primero en hablar, afirmó:

—Claro que le conozco y confieso que no me agrada tener ningún tropiezo con él. Sé de sus métodos, de su valor y de su astucia y estoy seguro de que si un día le doy motivo para que meta la nariz en mis asuntos, aquel día habré empezado a pensar que los aíres de Texas no me sientan bien.

—Eso sería antes, señor Ryley, desde este momento, no, porque

va a trabajar usted, no aislado, sino con el refondo de una organización como no hay otra en el mundo. Precisamente nuestro interés es que circunstancialmente meta la nariz en uno de nuestros avisperos y sienta la picadura de las abejas.

O'Regen, más cauto, preguntó:

—¿Por qué una organización tan poderosa y tan bien organizada como es la suya, no le ha dado la batalla de cara, sin necesidad de ponerle en guardia? No creo que le sería tan difícil lograrlo.

—Acaso no…, posiblemente no, pero si lo hacemos por hacerlo, nos expondríamos a que las medidas tomadas para batirnos alcanzasen un grado que terminase por asfixiamos. Por otra parte, es un tanto que necesito apuntarme personalmente, y buscando un pretexto para que jamás se piense que es obra de nuestra Sociedad. No teman, que cuentan ustedes con una ayuda formidable, aun en el caso de que Texas intervenga.

Harvey se decidió a hablar por primera vez, preguntando:

—Bien, ¿qué se exige de nosotros?

—¡No diga «exigir» porque es una palabra muy dura! Se les brinda la participación en un negocio fantástico y sólo se desea saber si están ustedes dispuestos a ganar, pongamos por caso doscientos millones en un año. Cuando sepamos que aceptan por libre voluntad, será llegado el momento de dar explicaciones.

Los cuatro se miraron asustados. Lane había hablado de cientos de millones como el que hablara de un puñado de dólares.

Woolmeer se decidió a decir:

—Yo no rechazo una ganancia de ese calibre, siempre que se me asegure la impunidad.

—Bien, la impunidad nacerá de ustedes mismos. Yo les puedo garantizar el apoyo material, que no es poco. Claro es que esto puede originar ciertos peligros de índole personal, luchas encarnizadas, alguna pérdida a cuenta de la ganancia, todo lo que concierne a una lucha de semejante envergadura.

—¿Qué sucedería si no aceptásemos? —preguntó O'Regen.

—Pues, no soy pitonisa, pero ustedes deben pensar que, cuando una asociación como la nuestra descubre sus planes, aunque sólo sea en principio, a unos señores, si éstos no los ven con buenos ojos y los rechazan…, pues se verá precisada a garantizarse el secreto.

Los cuatro palidecieron. Entendían el significado de tan suaves

como encubiertas amenazas.

—Pues, si no hay opción —afirmó Harvey—, sólo nos queda aceptar de grado o por fuerza.

—De grado, señor Harvey —corrigió Lane—, es más elegante y se trabaja con más entusiasmo. Ahora, sólo falta una pequeña condición antes de tratar el asunto de forma plena. Excuso advertir, que esta conversación no ha existido, ni yo existo, ni ustedes jamás han tratado conmigo ni me conocen. Quizá alguna vez tengamos que reunirnos, pero, otras, «recibirán ustedes mis instrucciones por medio de pliegos en clave, que sólo nosotros conoceremos. Si en alguna ocasión surge algo grave e inesperado, yo les daré la facilidad de ponerse en comunicación conmigo, pero sólo para casos extremos. Ahora brindemos por nuestra mutua asociación y por el éxito de ella antes de entrar en detalle.

Llenó las copas y los cinco las apuraron haciéndolas tintinear al chocar entre sí. No parecían muy entusiasmados, pero no les cabía otra solución que tomar las cosas como el destino se las había presentado.

Después, Lane empezó a hablar pausadamente, mostrando mapas y planos, señalando con cruces determinados lugares, citando poblaciones, industrias y obras, así como bancos. Fué algo prolífico y grandioso, que, poco a poco, iba animando a sus oyentes.

Cuando terminó de hablar, O'Regen exclamó:

—Pero ¡eso es colosal! ¡Si se pueden ganar los millones a espuertas!

—Así es, también le pueden fusilar a uno o encontrarse con cinco balas de «Colt» en el pecho, si un día, nuestro ya común enemigo toma parte en el juego. Hay que tomar los hechos con entusiasmo y estar preparados para todo.

—Lo estaremos —replicó sencillamente Ryley.

CAPÍTULO II

Una tregua que se rompe

CUANDO los cuatro invitados abandonaron la villa de la avenida de Baltimore, el llamado Jackie Lane, nombre que ocultaba hábilmente la personalidad de Oliverio Zenker, se trasladó a su despacho, donde, sentado en el amplio sillón con un enorme puro entre los labios y los ojos semicerrados a la velada luz del sol que se filtraba discretamente a través de las persianas, se dedicó a invocar con satisfacción, un poco amarga, la odisea que había sufrido en un lapso de tiempo que abarcaba desde su última tentativa para eliminar a Vera y a Stella en la pradera incendiada, allá en California, hasta aquel mismo momento.

Sus enemigos quizá le creyesen muerto o huido en franca derrota, lejos de América. Un silencio absoluto durante casi un año parecía justificar esta hipótesis, cuando se trataba de un hombre como él, pronto a la réplica y nada reacio para entablar la pelea, pero sus enemigos ignoraban que sus planes habían cambiado mucho y que jamás abandonaba la lucha, aunque por razones superiores a su voluntad tuviese que demorarla.

Cuando, completamente derrotado, tuvo que ceder a Texas el terreno, su situación era mucho más apurada y difícil que nunca. Ya

no se trataba de un pugilato en las sombras, de carácter personal entre él y Texas, sino de una lucha difícil y peligrosa contra el Estado.

Se había puesto oficialmente fuera de la ley, estaba perseguido por toda la policía de la Unión y su cabeza puesta a precio, le habían sido confiscados todos sus bienes, se le buscaba por los ocho millones de kilómetros cuadrados de Norteamérica y estaba desconectado de los varios auxiliares que podían prestarle ayuda, aunque la realidad le había demostrado que tales auxiliares carecían de valía para enfrentarse con un enemigo tan recio como Jim Texas.

Convencido de que reanudar la lucha en semejantes condiciones le llevaría al fracaso final, decidió variar de táctica. Sabría esperar y organizarse de nuevo, pero en el momento en que iniciase nuevamente la ofensiva, lo haría con tales garantías de éxito, que su enemigo sería el que se sentiría impotente para luchar con él. No contando con más medios de fortuna que lo que le quisieron dar por el caballo en que había realizado la fuga, se trasladó a Washington en un modesto vagón de ínfima categoría y penetró en la ciudad burlando la vigilancia de la policía de un modo peligroso. Ya allí, refugiándose en la modesta casita donde se le conocía como viajante, permaneció escondido algún tiempo, dejándose crecer la barba y cambiando hábilmente su rostro para despistar a los sagaces agentes que le andaban buscando.

Luego, en distintas etapas, fue retirando del banco una parte de su capital, que había impuesto con una personalidad falsa, y cuando lo tuvo en su poder y no sintió inquietudes por la falta de numerario, decidió poner en práctica un plan que llevaba estudiando hacía algún tiempo.

Se trasladó a Georgia, donde conocía a cierta persona afiliada a la tenebrosa secta del «Ku-Klux-Klan», a la que se presentó haciéndole proposiciones tentadoras de negocios que podían aportar a la asociación un caudal enorme para sus fines dramáticos.

Aquella persona, influyente en la secta, dio cuenta a alguno de los jefes de la proposición de Zenker, se estudió su propuesta, se le hizo comparecer en una reunión donde dio pruebas de audacia sin límites, y se decidió poner a prueba sus condiciones después de iniciado y prestar juramento de secreto y fidelidad.

Organizó algunos planes que se vieron coronados por el éxito, y convencidos de que era un elemento valioso, no para la acción directa sino para la organización, dejó de ser uno de tantos para alcanzar un puesto preeminente, y se le confió el desarrollo de varios proyectos colosales que había insinuado.

Zenker dejó de ser el hombre perseguido por la justicia. Una falsa y completa documentación le convirtió en Jackie Lane, y éste decidió trasladarse a Richmond, donde en la preciosa villa que ahora ocupaba, iba a establecer su cuartel general y a dirigir personalmente sus proyectos.

El «Ku-Klux-Klan» ponía detrás de él todo su valioso apoyo y su terrible fuerza, y, con ella, podría desarrollar colosales batallas que iban a agudizar el problema que los llamados «hijos del diablo», como algunos predicadores les calificaban, tenían planteado al Gobierno.

Nada se le negó de cuanto necesitaba, y así, cuando pidió informes de personas influyentes en los negocios, pero de dudosa moralidad, le fue entregada una larga lista, de la que, tras minuciosos estudios, entresacó aquellos cuatro nombres, seguro de que con su ayuda, obligada o natural, podría realizar cosas que asombrarían al mundo.

Su ambición no tenía freno. Cuando entraba en un asunto, no sólo quería llegar al límite, sino ser el pináculo de él; que nadie le disputase la hegemonía ni la dirección. Ansiaba ser el hombre más rico del continente, pero, a la par, el más influyente, el más temido, el más soberano. La famosa secta le atraía ahora como un imán y soñaba con ser el jefe supremo de ella.

Si lo conseguía, desencadenaría la ofensiva más terrible en las sombras que nación alguna sufriera y se vengaría de aquel Estado soberbio, que le había puesto al margen de la ley, sin sospechar que se sentía capaz de ser él quien impusiese su ley al Estado.

Prudentemente se guardó su pugna con Texas. No quería dar cuenta, de sus asuntos personales. Temía que el positivismo de la secta se negase a poner su fuerza al servicio de una pugna personal que podía ocasionarle serios perjuicios. El «Ku-Klux-Klan aceptaba todas las luchas que el Estado y los ciudadanos quisieran presentarle, pero consideraba estúpido excitar a determinados elementos por causas ajenas a sus intereses. Pero esto no importaba

a Zenker. Un día, en virtud de su habilidad, Texas saltaría a primer plano, se enfrentaría con sus proyectos, que era tanto como enfrentarse con «los hijos del diablo», y entonces, la secta entera se lanzaría en masa contra él y lo aniquilarían, vengándole indirectamente y, al tiempo, convirtiéndole en una potencia cargada de oro y de poder.

Este panorama satisfacía a Zenker hasta lo infinito, aunque no borraba de su mente el recuerdo de las derrotas sufridas. Había perdido el amor de Vera, un amor que nada tenía de espiritual, pero que le había atormentado durante mucho tiempo y ahora, le atormentaba más al saber que jamás lo reconquistaría; no había logrado destrozar la felicidad de Texas ni vengar la traición del hombre a quien había servido en su primera etapa y que arrepentido, estaba ahora al lado de su más terrible enemigo y por último, guardaba el rencor contra la mujer que un día le quiso, engañada por su hipocresía y a causa de la que había sufrido serias derrotas, para ahora verla feliz en el rancho de Texas y muy alejada de sus terribles zarpazos.

Todos aquellos seres a los que odiaba profundamente, tenían que desaparecer y caerían cuando el formidable bastión que les defendía, que era Texas, cayese en primer lugar.

Suprimido Jim, los demás no contaban. Los desharía como pavesas en un ataque bien organizado y cuando se viese libre de semejante pesadilla, entonces el mundo sería suyo, porque no quedaría nadie con la astucia, el valor y la acometividad de Texas.

Había perdido un año en el que su enemigo, tranquilo, estaba apurando hasta las heces el vaso de la felicidad, pero la terrible máquina que le arrollaría acababa de ponerse en marcha y el panorama que se le iba a presentar no tardando mucho, nublaría el cielo de su dicha con nubarrones de verdadera tormenta.

* * *

Las amarguras, de Zenker al pensar en Texas no carecían de fundamento. Aquel año de paréntesis en la lucha, había sido un año de gloria en el rancho del formidable aventurero y durante él, habían sucedido muchas cosas muy agradables en la hacienda.

Tanto Vera como Stella, habían sufrido un mes de enfermedad a

causa de los trágicos sucesos que las tuvieron a punto de morir achicharradas en la pradera junto al indeseable Jack, que pagó sus crímenes con la vida, pero pasado ese tiempo, su juventud y fortaleza se impusieron y la vida triunfó porque tenía que triunfar.

Meses más tarde, cuando ya Stella se encontraba camino de ofrecer el soñado heredero al bravo Jim, el mejicano Nino se decidió a pergeñar una curiosa y pintoresca declaración de amor a Daphne. Fué algo que le costó más trabajo que sostener una batalla con un ciento de pistoleros desde lo alto de un peñasco, pero gracias a la comprensión de ella, su apuro no fue tan grande como se temía. La joven, al verle tartamudear y escoger caminos tortuosos y pintorescos para mal decir lo que quería echar fuera, le atajó, diciendo:

—Bueno, Nino, creo que te debes ahorrar ese terrible esfuerzo que te va a dejar rendido para un año. Hace mucho tiempo que sé lo que me quieres decir y no hace falta que te violentes tanto. Para decir «te amo», no es preciso quedarse sin saliva.

Nino quedó muy asombrado ante los términos concisos de ella, se rascó la cabeza y renegó:

—¡Maldita sea Jalisco! ¿Sabes que tienes razón? ¡Por vida del caballo de Troya! Que no haya caído yo en eso cuando resulta tan fácil. ¡Bueno, Daphne, eso es, creo yo! Te amo. ¿Te parece que con eso está dicho todo? A mí me parece que no, ¡maldita sea mi alma! Un cariño es algo más grande que para dicho o así con dos palabras, pero si no hay más, me parece a mí que no voy a inventarlo.

—No, Nino, no se puede inventar. El cariño, por ser grande, no encuentra palabras bastantes para ser expresado, pero las acciones son las que lo dicen todo con más elocuencia y tú has sabido hacerlo así. No tengo inconveniente en acceder a tus deseos, siempre que tengas en cuenta dos cosas: primero, que lo que yo puedo ofrecerte es algo nuevo sólo para ti, porque la primera rosa la destrozó un canalla y has de conformarte con las nuevas rosas que de el rosal y segundo, que no olvides que tengo un hijo que es mío y que has de aceptarlo como si fuese tuyo.

—¡Repinto! ¿Acaso he hecho otra cosa desde que está a mi lado? Pero si no le he dado el biberón, creo yo que ha sido porque no lo necesitaba ya, pero en cambio, le he dado a chupar el cañón de mi Colt y le ha sabido a gloria.

—Pues si deseas alcanzar lo que pretendes, enfunda ese maldito instrumento y olvídate que existe. No quiero que mi hijo sea un pistolero.

—Bueno va, pero tiene que saber manejar el revólver como su padre y como el patrón. Aquí un hombre que no use ese chisme es el hazmerreír del mundo y eso no, ¡maldita sea Sonora!

—Está bien, más adelante hablaremos de ese asunto. Ahora, lo que necesita es aprender a leer y a escribir, a ilustrarse como un hombre; después…

—Bueno, mujer, lo que tú quieras, eso lo consultaremos con el patrón y será lo que él disponga. Aquí no manda nadie más que él.

Texas se alegró mucho de aquel desenlace que preveía hacía largo tiempo y en unión de Stella fue el padrino. Nino fue nombrado capataz general de la hacienda y Vera hizo un regalo de boda a los recién casados que les pondría a cubierto en su día de cualquier necesidad.

Spack marchó a Washington donde liquidó sus negocios y a instancias de Texas, se estableció en su hacienda para que estuviese más seguro. Nada se sabía de Zenker y mientras no se tuviese seguridad de su muerte, debían estar todos muy unidos para evitar los peligros aislados.

En un rincón de los amplísimos terrenos de Texas, construyeron un lindo pabellón que más parecía una fortaleza militar para evitar ataques desagradables y allí retirados dejaron transcurrir el tiempo preguntándose qué habría sido de Zenker y cuándo volvería a dar señales de agresividad.

Texas, siempre en guardia, había organizado concienzudamente la vigilancia de su extensa posesión ante el temor de un nuevo intento de rapto o de ataque y constantemente pedía informes sobre los trabajos de la policía en su búsqueda de Zenker, pero nadie había vuelto a tener la menor noticia del cruel secretario y casi se había llegado a suponer que se despeñara por los montes en su feroz huida, o a lo sumo, que derrotado, temiendo ser apresado y sin medios, se hallaba escondido en algún lugar intrincado del Oeste.

De todas suertes, Texas no se fiaba de aquella aparente calma y hubiese dado la mitad de su fortuna por poseer una información completa de las andanzas de su enemigo. Por ello, no le cogió de sorpresa el que un día llegara al rancho una carta un poco ambigua

pero inquietante, firmada por el secretario de Estado, que en ella le decía:

«Querido Jim:

«Estoy seguro de que me vas a maldecir por mi inoportunidad rogándote que vengas a Washington unas horas, pero sinceramente, te necesitamos. Ya sé que estás en plena luna de miel, que tu esposa necesita de tranquilidad y de tus cuidados para no malograr el heredero que con tanto anhelo esperas, pero. . .la nación también necesita ciertos cuidados en momentos de gravedad y tú has sido hasta ahora su médico indicado.

«No quiero ocultarte que el caso es grave, no tengo derecho a proceder con engaños contigo y espero que por amistad hacia mí y por patriotismo, te desplaces rápidamente a esta capital.

«No puedo confiar a una carta el motivo de la llamada ni quiero comprometerte por anticipado. Sólo te ruego que vengas y te enteres y si crees que después no puedes o no debes hacerte cargo del asunto, no te lo reprocharé. Al menos, nos darás algún consejo con tu enorme experiencia y nos ayudarás a

intentar resolver un gravísimo problema que yo no lo veo claro ni aún con tu valiosísima intervención.

«Quiero advertirte que ahora no se trata de partidas de indeseables sueltos, ni de maniobras sucias pero torpes de cuatro elementos aislados, ansiosos de embolsarse unos miles de dólares. Hay algo más profundo, más hondo, más temible; algo, tan sabia y formidablemente organizado, que hasta el, propio Gobierno se considera impotente para atajarlo.

«Creo que esta afirmación un poco vaga, te dará que pensar de lo que se trata, por ello, te aconsejo que tomes toda suerte de precauciones para salir de ahí y presentarte en ésta. Quizá no sospechen que tú puedas andar mezclado en las medidas a tomar, pero quizá sí, y conviene obrar con prevención.

«Perdóname la contrariedad, saluda a tu esposa, a la que espero tranquilices lo mejor posible y si no puedes hacer nada, envíame un telegrama diciéndome que renuncias, para que yo intente alguna otra solución, aunque confieso no verla, de momento.

«Te abraza tu viejo amigo.
»Lewis».

Texas quedó tenso al leer la misiva. Por un momento, había concebido la sospecha de que de nuevo Zenker había dado señales de vida, pero la insinuación del secretario era más profunda; aludía a una fuerza superior que hasta el propio Gobierno la tenía miedo y esta fuerza no podía ser otra que la de «Los hijos del diablo» que estaban extendiendo sus garras mucho más allá de los dominios sudistas donde habían nacido.

El asunto era serio. Si el «Ku-Klux-Klan» se había lanzado a fondo en alguna operación de, envergadura, mucho se temía que ni él con toda la ayuda que les pudiese prestar, ni nadie, serían capaces de combatir una secta tan terrible, donde sus monstruosas cabezas permanecían escondidas en el anónimo y sus tentáculos eran tan numerosos, que podar unos cuantos nada significaba.

Por un momento, sintió miedo. No miedo de ofrecer su vida al servicio de la nación, sino miedo de luchar y caer estérilmente, truncando la felicidad de su esposa, pero un sentimiento de dignidad y de hombría le impulsaba a no mostrarse cobarde y menos por adelantado.

Acudiría al llamamiento, estudiaría el caso y según lo que de aquel estudio se derivase, aceptaría o no. Pero como de momento no quería alarmar inútilmente a su delicada esposa, tenía que poner un pretexto para justificar su marcha y lo encontró. Haría creer a Stella que su amigo el secretario de Estado, se hallaba gravemente enfermo y que su obligación era visitarle.

Buscando un momento propicio, se lo hizo saber. Stella, siempre recelosa, pareció dudar y por fin, dijo:

—¡Júrame que no vas a ninguna misión de peligro!

—Te lo juro. Stella; sólo voy a visitar a mi amigo Lewis.

Realmente, no mentía. Únicamente iba a hacerle una visita. Lo que surgiese de ella, sería objeto de una nueva conversación que temía hondamente, pues suponía la angustia que la muchacha iba a sufrir, si él se veía obligado a abandonarla, para lanzarse a aventuras tan terribles como las que había corrido anteriormente.

De momento, esto quedaba aplazado y Texas, después de

recomendar a Nino mucho celo en la vigilancia, tomó el tren para Washington.

CAPÍTULO III

Un sabotaje de envergadura

EN WASHINGTON, en el despacho particular del secretario de Estado, en la Casa Blanca, Jim Texas, en unión de Lewis Snok, discutían fríamente un terrible problema que se le había presentado a la nación y que para resolverlo precisaba no sólo de hombres enérgicos y audaces, sino de una sagacidad y un valor rayano en la temeridad.

El secretario, con el rostro endurecido por la impotencia, decía:

—Comprendo, querido Jim, que te estoy metiendo en un terrible avispero, precisamente en momentos en que para ti la tranquilidad y la austeridad son el todo, pero ponte en mi caso y no sólo en mi caso, sino en el del Gobierno en pleno y comprenderás la situación.

"Desde hace dos años que fuiste requerido para intervenir en el asunto de la presa de Texas y que dio por fruto deshacer toda la temible organización que Spack y su secretario tenían tramada, los sucesos graves que pudiesen salirse de una órbita corriente habían desaparecido y si bien es cierto que tú corriste peligros trágicos a cuenta de ello y que has estado a punto de ver truncada tu felicidad, la nación ha vivido en relativa calma y los sucesos desarrollados se han podido resolver sin tener que apelar a medidas

heroicas.

«Pero he aquí que de modo explosivo, sin previo aviso, como quien dice, han empezado a surgir una serie de sucesos terribles, que están poniendo en peligro la economía de la nación, el prestigio del Gobierno y amenazando con llevar a la ruina a infinidad de capitalistas que altruistamente han aportado ahorros a una serie de obras grandiosas que beneficiarían a miles de miles de ciudadanos y elevarán la producción y la economía del país en un porcentaje fantástico.

»Podía señalarte varios casos graves, pero sólo me detendré a explicarte lo que en este momento está sucediendo en la región de Washington, cerca de la frontera canadiense.

«Dos obras colosales se han emprendido con diversos fines políticos —económicos. Uno es la construcción del túnel llamado “Túnel Cascade”, una de las más grandes obras de la ingeniería moderna, que reportará inmensos beneficios a todo el norte del Oeste y a nuestros vecinos los canadienses.

»El túnel parte de la frontera y atraviesa la ingente mole de las montañas Cascade en una longitud de trece kilómetros.

«Por este túnel, un gran ferrocarril unirá el Canadá con Washington y Oregón y permitirá una comunicación rápida con todo el Oeste, hasta Los Ángeles y San Francisco y además, abaratará el tránsito de mercancías facilitando la rapidez y la economía en el transporte. La otra obra de una envergadura colosal, es la presa Grand Eoulee, próxima al lago Chelan, en el río Columbia. Esta enorme presa regará 400 000 hectáreas de terreno casi baldío y desarrollará la agricultura y la ganadería en esa parte de la región produciendo un beneficio de muchos millones de dólares.



Estas obras se realizan con aportación de un capital privado entre elementos de la región. Pequeños bancos industriales, rancheros, ganaderos, etc., han aportado muchos millones que son su patrimonio y con esa ayuda, se estaban llevando a cabo los trabajos con gran rapidez y rendimiento, sin que nada, salvo ligeros accidentes de poca monta, alterasen el ritmo y el aprovechamiento

de las obras.

«Pero de algún tiempo a esta parte, se han producido sucesos, unos desagradables, otros sensibles y algunos trágicos.

»El sabotaje a las obras ha empezado de una manera muy sutil. Se han producido hundimientos en el túnel que han estado a punto de costar la vida a muchos hombres, se ha descubierto que ciertos materiales se han desvirtuado para que todo lo básico de la cimentación se venga abajo de un modo catastrófico e inhumano, trenes enteros con materiales han desaparecido, unos por descarrilamiento, otros por voladura, algunos por hundimiento de puentes, los dos principales directores de ambas obras desaparecieron misteriosamente y sus cuerpos han sido encontrados destrozados a mucha distancia de las obras, se han provocado algunos choques que nunca sucedieron entre obreros, con muertos y heridos; en fin, una serie de actos que demuestran que se trata de sembrar el terror en las, obras.

«Las compañías de seguros, asustadas por el perjuicio que esto les está ocasionando, se niegan a mantener sus contratos, algunas fábricas de materiales que nos servían con regularidad lo hacen tarde y deficientemente, o se niegan a servirlo alegando imposibilidad de hacerlo, cuando no que se lo pagan mejor empresas particulares y últimamente, en la ampliación de empréstito para la continuación de las obras, capitalistas que habían solicitado acciones, se han retractado alegando que no les merece garantía la inversión o que pensándolo mejor, no les interesa.

»Yo sospecho que han sido presionados para boicotear las obras y que tienen miedo de denunciarlo y todo esto está produciendo un nerviosismo en la región que terminará hundiéndolo todo.

Texas, que le había estado escuchando silenciosamente, preguntó:

—¿Qué sospechas te atormenta, Lewis? La otra vez tenías indicios que nos llevaron a la raíz del asunto y la arrancamos. ¿Y ahora?

—Ahora sólo son sospechas, Jim, pero sospechas terribles. Estoy firmemente convencido de que aquí interviene en gran escala la mano de «Los hijos del diablo».

—¿«El Ku-Klux-Klan»?

—Esa es mi sospecha. Se ha recrudecido con virulencia la

campaña terrorista en toda la nación, pero ya no es el Sur el que sufre la lacra de esa misteriosa y terrible asociación, ahora pasa al Norte y al Oeste y me temo que se corra como una mancha de aceite. No concibo lo que se proponen. Si fuera una fuerza organizada con un fin práctico, se podía incluso tratar con ella y llegar a un acuerdo si pedían algo razonable, pero no puede ser; sus tentáculos se extienden por todo el país sembrando la destrucción y el terror y nada piden constructivo y útil. Se ignora quiénes son y qué pretenden, aunque mi sospecha es que tratan de enriquecer a un puñado de ellos lanzando a una tarea ciega a los satélites ignorantes, que sólo sacan de su actuación una miseria. Hay un poco de venganza política, no lo niego, por el perjuicio que los esclavistas han sufrido con la abolición de la esclavitud, pero con esto, si hay beneficiados lo resultan unos cuantos en beneficio propio.

»Tú sabes que los sectarios son gente fanática y miedosa a la par. Nadie denunciaría la organización y mucho menos sus cimientos. Deben de llevar tan bien sus planes, que los agentes activos desconocen en absoluto la mano que les mueve y el cerebro que les guía; aún que caces a uno y le descuartices, no podrá llevarte nunca al cubil de los encumbrados. Esto es lo que me encorajina y me inquieta, Jim. Es una lucha en la obscuridad, donde el enemigo, como los topos, es el único que ve para asestar sus golpes y esconderse.

Jim, que había cerrado los ojos mientras el secretario hablaba, se estaba dejando atormentar por una sospecha súbita y, de pronto, se enderezó exclamando:

—Lewis, me estoy preguntando si no andará aquí metida la mano de Oliverio Zenker.

Snok meditó un momento, y luego repuso:

—Me cuesta trabajo creerlo, Jim, y te diré por qué. Zenker, derrotado, perseguido, desconectado de toda fuerza, sin la ayuda valiosa de Spack y sus financieros, ¿qué puede hacer en una cosa de tal envergadura? Cierto que ha desaparecido como si se le hubiese tragado la tierra, pero ten en cuenta que el «Ku-Klux-Klan» es una secta que viene actuando desde el fin de la guerra, y que este plan de obstrucción es de unas proporciones gigantescas, que se sale de la capacidad de un solo hombre. Cierto que ha podido derivar hacia

otro campo y filtrarse en las filas de los «Hijos del Diablo», pero no creo que hasta el extremo de, en pocos meses, poderse convertir en el monstruoso cerebro de la organización, que ya había demostrado poseer cabezas de gran capacidad para él.

—Sí, tienes razón. La lógica dice que no; aún más: esa lógica diría que, de intentar algo, debía hacerlo contra mí, que, he sido quien le ha anulado totalmente, y yo no he vuelto a ser inquietado desde hace un año… Creo que sueño con visiones y que la realidad es otra en este caso.

—Yo también, aunque no desdeño la posibilidad de que las filas atacantes se hayan enriquecido con un cerebro morboso como ése. Me alegraría poder poseer algún indicio que nos llevase hasta él, pero, por desgracia, nuestra activa policía ha fracasado ruidosamente en su búsqueda.

—Bueno —dijo Texas, preocupado—. Después de todo lo expuesto, ¿qué estimas que puedo hacer yo para evitarlo? Estás dando unas proporciones demasiado gigantescas a mis aptitudes y a mi poder, y no te das cuenta de ello, Lewis. Yo puedo hacer muchas cosas, pero no soy Goliat o Sansón para poder derribar las malditas columnas de ese tenebroso templo y aplastar a todos entre sus escombros.

—Lo sé; pero, realmente, no puedo darte orientación alguna; más sí me agradaría que me aconsejases si no te crees capaz de hacer más, o que hicieses un esfuerzo y echases un vistazo a aquello. Quizá sobre el terreno pudieses descubrir algún indicio que nos llevase a la raíz del mal.

Texas dudó. La conversación le había llevado al terreno del que trataba de huir. Desplazarse a Wáshington, meterse en las obras del túnel y de la presa y tratar de revolver las entrañas de aquel misterio, era separarse del rancho, dejar a Stella sin protección, a merced de un ataque imprevisto, alejarse de ella en momentos en que su estado requería todas sus atenciones, y, como final, jugarse la vida en una partida desigual, en la que llevaba mil posibilidades contra una de vencer.

Lealmente expuso sus temores.

—Sí, tienes razón, Jim, lo reconozco —aseguró el secretario—. Yo sólo me acuerdo de ti cuando necesito alguien que se juegue el hígado con posibilidades de perderlo; pero es que tengo tanta fe en

ti y en tu sagacidad, que me creo que, actuando tú, todo se va a solucionar rápidamente y de manera victoriosa.

—Gracias por el buen concepto que tienes formado de mí, Lewis, pero ten en cuenta una cosa. La Nación, por mucho que me quiera recompensar, y nunca pido nada, no tiene tesoros para evaluar la vida de Stella, la de mi hijo y mi felicidad. Si eso lo pierdo, y además lo pierdo estérilmente, ¿cómo se podría compensarme de la pérdida?

—Podría hacer algo para evitar que sucediese. Movilizar mil hombres que rodeasen tu finca e hiciesen imposible que nadie se acercase a ella, no sería para mí ningún problema. En cambio, esos mil hombres, puestos en las obras, serían un estorbo y nada conseguirían. Sí temes un ataque, te pongo un regimiento en los alrededores de la finca, y te juro que todos estarían suficientemente protegidos.

—Cierto; pero eso sería un clarín de guerra lanzado a los cuatro vientos para hacer saber al enemigo que yo me había lanzado a la pelea contra él, y todos sus recursos serían lanzados en tromba contra mí, borrándome del mapa en pocas horas. ¿No lo comprendes?

Lewis, desesperado, confesó.

—Tienes razón. No sé lo que me digo. Tendré que resignarme a ver cómo la catástrofe se cierne sobre todos…

Texas, que estaba leyendo el dolor del fracaso en el rostro de su amigo, y que, por otra parte, se sentía indignado con las noticias que éste le había facilitado, exclamó:

—Lewis, quisiera ayudarte; bien sabe Dios que ahora, como nunca, quisiera hacerlo, y estoy estudiando la forma de poder intentar algo armonizando tu interés y el mío. Quizá me decidiera a hacer un viaje relámpago allí, para estudiar la situación sobre el terreno y averiguar algo que sirviese para que otro continuase la pista y deshiciese el complot. No te garantizo que fuese una cosa permanente si tardaba en localizar algún detalle útil, pero sí poner a contribución durante unos días mi voluntad para hacer algo.

—No sabes lo que te lo agradecería, Jim. Un solo indicio acaso fuese suficiente para seguir la trama.

—Bien, escucha. Voy a volver al rancho. A Stella le falta aún más de un mes para salir de su estado, y, aunque sea lo peor de su

gestación, voy a aprovecharlo para ir allí y Trabajar con intensidad; pero como no quiero dejar aquello desamparado, aunque cuento con gente de confianza, creo que podrías organizar unas maniobras de un mes por aquellos alrededores. Tus oficiales podrían tomar como cuartel general mis posesiones, sin levantar sospechas, y yo podría marchar tranquilo durante ese tiempo, aunque sé que ello le proporcionará un disgusto horrible a mi mujer al pensar que vuelvo a meterme en cepos que pueden costarme la vida.

—¡Oh, esa idea es magnífica, Jim! Claro que lo haremos. Se decretará unas maniobras de los elementos más próximos a tu rancho, y los jefes tendrán orden concreta de preocuparse solamente del rancho y de la seguridad de los que habitan en él. Te juro que todos «los hijos del diablo», por muy protegidos que estén por su padre, no podrán asomar la nariz por allí sin quemársela en una caldera llena de plomo.

—En ese caso, lo intentaré, Lewis. Voy a presentarme allí como un simple elemento de las obras, un nuevo capataz, algo que me de libertad de movimientos y no inspire sospechas. Si los elementos directivos de las obras son de confianza, me darás una carta para ellos con objeto de poder maniobrar de acuerdo, y si no, yo me las entenderé como pueda.

—Son de confianza, Jim. Los dos que han substituido a los que desaparecieron los conozco como a ti y puedo contar con su adhesión. Es gente fiel.

—Bien; en ese caso, dame las cartas, que me las llevo. Iré allí directamente desde el rancho, y me llevaré conmigo a Nino. Puedo necesitarle.

—¡Magnífico! ¡Con un león como ése, puedes dormir seguro por las noches!

Escribió las cartas, que Texas guardó cuidadosamente, y, despidiéndose con un fuerte apretón de manos del secretario, dijo:

—Ya tendrás alguna noticia mía, Lewis. Si juzgo prudente escribirte, lo haré, y, si no, no faltará quien te diga algo entre tus hombres de confianza. Hasta la vuelta.

—Que sea pronto, y con bien, es lo que deseo.

Texas, preocupado, tomó el tren y regresó al rancho, pero durante el viaje reflexionó mucho sobre el asunto.

Aunque pretendía desasociar a Zenker de aquel endiablado

asunto, no lo conseguía; había aprendido a conocer al astuto secretario y le consideraba con energía y acometividad suficientes para variar su táctica y filtrarse en aquella terrible organización, que, de caer en sus manos, sería un instrumento terrible en ellas para sembrar el mal e incluso para atacarle con garantías.

Si Zenker estaba metido en el «Ku-Klux-Klan» posiblemente contaría con que alguna vez las circunstancias volviesen a enfrentarles, pero, ahora, dentro de un terreno más favorable para su astuto enemigo, y tenía que moverse con pies de plomo para evitar, no sólo a la secta, sino al más peligroso enemigo de ella.

Cuando llegó al rancho, Stella sonrió con inmensa alegría, y preguntó:

—¿Cómo está tu amigo Lewis, Jim?

—Bien, muy bien —repuso Texas, distraído, pensando cómo abordaría a Stella para comunicarle su marcha.

—¿Cómo, muy bien? ¿No dijiste que se encontraba grave?

—Pues, en efecto, Lewis padece una enfermedad muy grave, pero es de los nervios. He podido comprobarlo, y mucho me temo que, si no quiero ser responsable, de su muerte, tenga que actuar en su favor.

—No te entiendo, Jim… —repuso Stella, alarmada—. ¿Qué secreto tratas de ocultarme?

—Ninguno, querida; para ti no puedo tener secretos; pero el asunto es muy delicado y difícil.

Ella adivinó la verdad, y exclamó:

—No irás a decirme que tienes que dejarme para meterte en un nuevo peligro…

—Pues… para meterme en un nuevo peligro, no, Stella, pero sí debo hacer un viaje de unos días al Estado de Wáshington. Lewis está muy angustiado por ciertas cosas que están allí sucediendo, y me ha suplicado, de forma que no podía negarme, que haga un viaje de inspección y trate de darle detalles de la raíz del mal. No es nada de acción directa, Stella. Simple inspección, recoger informes, darle orientación sobre el caso y que ello le sirva para encargar, a alguien del asunto *a posteriori*. Como ves, nada peligroso, salvo la contrariedad de tener que ausentarme unos quince días.

Stella, tensa, suplicó:

—¡Jim, por nuestra felicidad, por nuestro hijo, no debes…!

—Pero, querida, si no va a ser nada extraordinario… Precisamente he hablado con Lewis del asunto, y ha reconocido que no tenía derecho a mezclarme en asuntos complicados; pero éste necesita una persona especial y de confianza que haga la investigación, y sólo yo le merezco esa confianza.

—¡Dios quiera que todo esto no sea una pantalla para engañarme, Jim!… Piensa que si te ausentas vamos a quedar desamparados, y tú lo llenas y lo defiendes todo.

—No temas por eso, Stella. Hemos pensado en todo. Estos quince días se van a verificar aquí unas maniobras militares. Un millar de soldados harán táctica, pero en realidad rodearán el rancho para que no se filtre el aire. La oficialidad tendrá aquí su cuartel general. Les daremos el pabellón de la glorieta para que vivan en él, y vosotros les atenderéis como es debido. Esto os tendrá garantizadas durante mi ausencia.

—Y, a ti, ¿quién te garantiza?

—Me llevaré a Nino.

—Claro; y, con él, seis pares de «Colt» y un millar de proyectiles.

—¿Para qué tantos? Con Nino, dos revólveres y un puñado de balas, hay suficiente garantía. Ya te digo que la cosa no es para pelear, sino para investigar.

Stella tuvo que rendirse a la realidad. Comprendía que no podía evitar la marcha de su marido, y una angustia infinita se había apoderado de ella. Jim tuvo que explicar a todos que no había peligro, y entre Vera, Daphne y Spack trataron de suavizar los temores de la joven, aunque en su fuero interno estaban convencidos de que el peligro existía realmente.

Vera, más perspicaz, preguntó a Jim, cuando tuvo ocasión de hablarle a solas:

—Dígame la verdad, Texas. ¿Es cosa en la que esté mezclado Zenker?

—Pues… lo ignoro. He llegado a sospechar eso mismo, pero lógicamente parece que debo desechar la idea. De todas formas, no le olvido. Esto parece más bien cosa del «Ku-Klux-Klan», que de él.

La joven palideció al oírle. No ignoraba la fuerza de la secta, y exclamó:

—Lo considero aún peor, Jim.

—Quizá; pero no me he comprometido a nada, si no es

investigar las causas de los sabotajes. Si lo consigo, la lucha quedará para otro, ya en posesión de los detalles.

—Me temo que no, Texas. Usted no desertará de la lucha y se lanzará a ella. Piense en Stella y en lo que está próximo a llegar, Jim.

—No lo olvido, Vera; por eso quiero mostrarme prudente una vez, y así se lo advertí a Lewis. Quizá no consiga averiguar nada y ni conato de lucha exista.

—¡Dios lo haga!

Texas, después de librar esta angustiosa batalla con su mujer, se dispuso a realizar sus preparativos de marcha. Llamando a Nino, le dijo:

—Nos vamos, Nino.

—Bueno va, manito —repuso el mejicano—; ya se me estaban pudriendo las bisagras, creo yo, de estar aquí llevando la cuenta de los terneros que se escapan y de las crías que pierden sus madres. ¿Dónde van a ser los tiros?

—No lo sé, Nino… Quizá no los, haya.

—¡Repinto! Eso no puede ser, creo yo… ¿Acaso vamos a alguna feria? Si es así, prefiero quedarme al lado de mi mujercita; me divierte más.

—Por si acaso, lleva los revólveres y deja preparado el testamento; no respondo de que te arrojen al fondo de un lago con una piedra de cien kilos al cuello, o te desplomen sobre la cabeza cien toneladas de roca.

—¡Ah, bueno!… Si eso puede ser, creo yo que merece la pena de probar a ver en qué lado del Oeste hay pringaos roñosos que se atreven a intentarlo. ¿Cuándo salimos, manito?

—Esta noche.

—¿Para dónde?

—Para el Norte. ¡Ah! Hazme el favor de dejar en el baúl, como recuerdo, esa fantasía de traje que usas, que pareces un generalito de tu tierra, y vístete de vaquero; no quiero que nadie huela a fríjoles y tortilla frita a nuestro alrededor. Sería tanto como ir pregonando con un clarín que somos nosotros.

—Bueno va, manito; se hará así, creo yo. ¿Vamos a caballo?

—No; pero embarcarás a «Huracán» y «Rayo» con destino a Rockport, en el Estado de Wáshington. De momento, es nuestro

punto de destino.

Nino, sin hacer objeción alguna, preparó los caballos y las armas, e hizo, embarcar los dos soberbios ejemplares de semovientes, a cuyos lomos se sentían más seguros que en las nubes, y aquella misma tarde, después de una emocionante despedida de sus respectivas mujeres, tomaron el tren, con destino al lugar de sus próximas y trágicas aventuras.

CAPÍTULO IV

En campo contrario

ROCKPORT era un pequeño poblado escondido entre fieros peñascales, al pie del coloso montañoso Baker, en cuyas entrañas se estaba construyendo el atrevido túnel que debía unir la frontera canadiense con el Estado de Washington.

Al borde de la montaña se extendía el campamento obrero, compuesto de más de un centenar de hombres duros y temerarios, que manejaban los barrenos y la dinamita con la misma frialdad que un vaso de *whisky*.

A un lado del campamento, construido con chozas de madera o arcilla, y hasta con simples lonas sujetas con troncos de árbol, se elevaba una caseta de madera, con cuatro ventanales a los costados y una puerta que se cerraba por dentro por medio de una gruesa tranca para dejarla incomunicada del campamento y poner a seguro los planos de las obras y la enorme caja de caudales donde semanalmente se encerraba por unas horas el numerario enviado desde el Banco de Bellingham para el pago de jornales.

En esta caseta tenía sus oficinas y sus habitaciones particulares el nuevo director de la construcción, George Spell, un ingeniero californiano, alto como un minarete, recio como un roble y valiente

como un león. Spell se había hecho cargo de la continuación del túnel substituyendo al ingeniero desaparecido, y, hombre sagaz y cauto, caminaba siempre con dos buenos revólveres a la cintura y cuidaba mucho de no alejarse de los lugares frecuentados por sus obreros, para no verse expuesto a sufrir una sorpresa como su antecesor.

Cierta mañana, se hallaba en su despacho repasando atentamente el contenido de una carta que un misterioso mensajero había puesto en sus manos, junto con las nóminas aprobadas de la semana y el dinero para los pagos.

La carta, confidencial, estaba firmada por el secretario de Estado, y le comunicaba que en breve recibiría la visita de Texas, advirtiéndole que, como representante especial del Gobierno para realizar investigaciones, poseería una autoridad sin límites para maniobrar y dictar órdenes.

Se le recomendaba el más absoluto secreto sobre su persona, y se advertía que el modo de presentarse quedaría a elección del comisionado, ignorándose cómo, cuándo y en qué forma lo verificaría.

La carta llegó con antelación, pues hasta dos días más tarde Texas no descendía del vagón en Rockport, en unión de su inseparable Nino.

Ambos parecían dos obreros medio derrotados, pues su indumentaria se mostraba bastante ajada y sus rostros aparecían sin rasuras desde varios días atrás.

Aprovechando la escasez de público en la estación, se apresuraron a sacar sus caballos, y, montando en ellos, se alejaron del poblado con dirección a los montes.

Solamente el jefe de la pequeña estación pareció fijar su mirada en la calidad de los caballos, poco en armonía con la indumentaria de los jinetes; pero como no le interesaban los diversos viajeros que solían ascender y descender de los convoyes, pronto les dio al olvido.

Texas se dirigió a la montaña, buscando un cobijo para las monturas. No quería presentarse con ellas en el túnel, pero necesitaba tenerlas al alcance de la mano por si les eran necesarias.

Por fin encontraron, no muy lejos, un lugar bastante seguro para ellas, y, trabándolas, se dispusieron a empezar su trabajo.

Habían llegado en sábado, y Texas calculó que este día los obreros se reunirían en el poblado después de terminar la faena y que les sería fácil entrevistarse con el ingeniero sin testigos de vista, pudiendo luego echar un vistazo al personal en las tabernas de Rockport.

Permanecieron entre las breñas hasta la caída de la tarde, y a esa hora, dando un rodeo, se acercaron al campamento.

Como Jim había supuesto, se hallaba abandonado. Únicamente dos vigilantes armados guardaban la boca del túnel, pero no se veía nadie en las chozas y casetas de los obreros.

El pabellón del ingeniero se hallaba retirado de la boca del túnel y facilitaba la labor de acercarse a él sin ser observados por los vigilantes. Por ello, Jim se decidió a dirigirse a la caseta, mientras Nino vigilaba por si era sorprendido.

El ingeniero, le distinguió acercándose a la caseta a través de los cristales, y, llevando la mano al revólver, abrió impetuoso la puerta, encarándose con Texas.

—Un momento, amigo. ¿Qué se le ha perdido por este lugar?

—Concretamente, nada, señor Spell.

—¿Quién le ha dicho a usted mi nombre?

—Alguien que tenía interés en ello. Supongo que espera usted a alguien y que ese alguien puedo ser yo.

—¿Jim Texas? —pregunto, asombrado, el ingeniero.

—Él mismo. He llegado esta mañana con mi ayudante, y quería hacerle una visita.

—En ese caso, haga el favor de pasar. Estoy a sus órdenes.

—No; quiero tan sólo hacerle saber que estoy aquí para que esté preparado. Voy a bajar al poblado a darme a ver de sus hombres. ¿Quién contrata el personal?

—Yo; pero hay un capataz llamado Meister, que me propone algunos hombres.

—Me haré amigo suyo. ¿Hombre de confianza?

—No. No confío en nadie absolutamente; es lo mejor.

—Me basta con eso; quizá consiga que me presente como obrero, si así es, ya me conoce.

—De acuerdo. Confío en que su llegada sirva para algo.

—Ya lo veremos; yo no tengo tanta confianza como usted.

Se despidió con un gesto, y se unió a Nino, dirigiéndose ambos

al poblado.

Estaba anocheciendo, y, después de echar un vistazo desde fuera a varias tabernas, decidieron penetrar en la que aparecía más concurrida.

En el local, estrecho y destartalado, se amontonaban más de tres docenas de hombres rudos, de rostros barbudos, manos grandes y callosas y pelo encrespado. Aparecían sucios y terrosos, sin preocuparse de la limpieza y el atuendo.

Bebían y reían ruidosamente, y el alcohol circulaba en gran cantidad.

Texas y Nino penetraron con decisión, y, dirigiéndose al mostrador, pidieron dos vasos de *whisky*. Los obreros del túnel les contemplaron con extrañeza, y se miraron, interrogándose con la mirada.

Un hombretón grande como un oso frunció el entrecejo, y exclamó en voz alta:

—¡Diablo! ¿De dónde han surgido este par de tipos, que yo no los conozco?

Texas se volvió con el vaso en la mano, contestando:

—Tampoco yo le conozco a usted, y no se me ha ocurrido llamarle tipo, a pesar de que lo sea. ¿Sucede algo, o es que en este pueblo no pueden beber los forasteros?

—Claro que pueden beber, y luego marcharse.

—O quedarse, si no hay fuerza mayor que los eche.

—Puede haberla.

—Lo dificulto, mientras lo pretenda, un solo hombre o uno a uno.

—¿Fanfarrón con Henry Meister? Quisiera verlo.

Texas le contempló atentamente. Había tropezado con el capataz y no le agradaba, pues si peleaba con él se cerraría el camino del túnel.

—Nada, de fanfarrón, amigo; no hemos venido en son de pelea, aunque no la sabemos rehuir si se nos lanza a ella. Venimos de paso, buscamos trabajo y no nos metemos con nadie; por lo demás, si es usted capaz de hacer lo que mi compañero, pongo por ejemplo, creeré que es capaz de echarnos de aquí por las bravas.

—¿Y qué milagros son los que sabe hacer su compañero?

—Muchos: pero vamos a poner uno. ¿Quieren subirse a esa mesa

media docena de hombres?

Sin preguntar lo que Nino podría hacer, media docena de los más pesados saltaron sobre la mesa y, apiñados, quedaron de pie sobre ella.

Texas invitó al mejicano:

—Manito, los señores desean darse un paseo por las alturas.

—¡Oh, bien, repinto! Pues subirán.

Metió el brazo debajo la mesa y, con una sola mano, la levantó en equilibrio, hasta poner el brazo rígido y derecho con aquel enorme peso encima.

Luego, hizo descender la mesa suavemente, hasta dejarla en su lugar, y, sonriendo, exclamó.

—Bueno va, estos tipos pesan menos que medio kilo de bayas secas. Si son capaces de subir otros seis, también los levanto.

Todos se quedaron tensos ante el reto. Bastaba con el alarde de fuerza, y pulso realizado para mirarle con respeto ponderando su terrible fuerza.

—Y tú, amigo, ¿qué sabes hacer? —preguntó el capataz, mirando a Texas.

—Muchas cosas: deshacerle a uno una mandíbula de un solo puñetazo, clavar cinco balas en un cinco de trébol desde diez pasos de distancia, deshacer una moneda en el aire de un solo tiro… Poseo ciertas habilidades que puedo dar a conocer.

—Quisiera verte deshacer la moneda —dijo Meister.

—Ahora, no, porque no hay luz en la calle y no la vería, pero con sol estoy dispuesto a apostarme el revólver contra veinte dólares, que me hacen mucha falta.

—Bien; demuéstrame que clavas cinco balas en un cinco de trébol.

—Conforme, si es usted capaz de sostenerlo en la mano mientras disparo.

—¿Yo? ¡Un cuerno!… No quiero quedarme manco.

—¿Qué voy a ganar si lo hago? Mí plomo vale, dinero, y no lo derrocho si no es por algo que valga la pena o para clavárselo a alguno en las carnes.

—¿Buscas trabajo?

—Sí, sí me conviene.

—Pues hazlo y te daré trabajo.

—¿A los dos?

—A los dos.

—Vengan unos naipes.

Tomó una baraja, apartó el cinco de, trébol y, entregándoselo a Nino, exclamó:

—Tenlo tú en la mano, manito aquí hay demasiadas gallinas para exponerse.

El mejicano aferró por una esquina el naipe, tendió el brazo rígido, apoyándolo en una banqueta que atravesó sobre la mesa para guardar inmovilidad, y dijo:

—Ándate ya, y no pierdas el tiempo enseñando a la gente a manejar un revólver, ¡maldita sea Sonora!, porque no lo aprenderán nunca.



Texas extrajo el arma, extendió el brazo fijando por un momento el blanco y disparó cinco veces seguidas con una celeridad desconcertante.

Cuando bajó el brazo, todos sonrieron. Ninguno pasaba a creer que con semejante rapidez hubiese conseguido agujerear los cinco tréboles del naipe; pero cuando el mejicano les mostró la carta, todos abrieron la boca con asombro. Los tréboles habían sido

substituidos por cinco perfectos agujeros.

Meister, más que asombrado, exclamó:

—¡Bravo! Eres algo formidable con el revólver en la mano. Tabernero, un vaso por mi cuenta para este par de tunantes. Luego, quiero hablar con vosotros.

Después de apurar la bebida, el capataz se llevó a Texas a un rincón, preguntando:

—¿Qué sabéis hacer para ganar el jornal?

—¡Psh! Ya veríamos. Depende de la clase de jornal.

—¿De dónde venís?

—De allá abajo.

—¡Ah, ya! De allí suelen venir algunos buscando la frontera.

—Nunca está de más tener un sitio seguro donde tomar el aire puro.

—¿Sois escrupulosos?

—No nos importa encontrar hasta dos docenas de pelos en la sopa.

—¿Y una docena de revólveres frente al estómago?

—Menos; los pelos son más difíciles de apartar.

—En ese caso, creo que podemos entendernos. Necesito algunos hombres osados para ciertos servicios del túnel. Están sucediendo cosas muy raras aquí, y es preciso acabar con ellas.

El capataz hablaba alto para, que todos los obreros le oyesen, y luego, en voz baja, añadió a Texas:

—Os llevaré al túnel y os presentaré al ingeniero para que os admita; espero que no haya inconveniente; pero, si lo hubiese, de todas formas tendría trabajo para los dos.

Aquella noche fraternizaron con los obreros, cenando y bebiendo con ellos. Ambos se habían impuesto con respeto, a pesar de no tener que apelar a la violencia, y les consideraban peligrosos como enemigos.

De madrugada, el capataz se los llevó al campamento, brindándoles un rincón de su choza, pero Texas lo rechazó. Era muy reducida, hacía mucho calor dentro y prefería dormir al aire libre, al que estaban acostumbrados. Meister no hizo objeción; creyó que no estaban muy tranquilos encerrados y les dejó escoger un lugar para dormir entre las peñas.

Pero cuando todos dormían el excesivo alcohol ingerido, Texas

redactó una breve nota y, ordenando a Nino que vigilase, se deslizó furtivamente al pabellón del ingeniero y la introdujo por debajo de la puerta. Luego, se retiró junto a su compañero, y, envolviéndose en la manta, quedó dormido.

Por la mañana, Meister le despertó bruscamente. Iba a dar comienzo el trabajo y quería presentarle al ingeniero.

Éste les recibió con recelo, y cuando el capataz le expuso la conveniencia de admitir a ambos como obreros del túnel, Spell, enérgico, contestó:

—Lo siento, Meister, pero no admito más personal. Creo que hay el suficiente, y no quiero exponer mi responsabilidad tomando gente desconocida.

—Yo respondo de ellos.

—No responda por nadie, Meister; es mejor. Usted sabe que suceden cosas muy raras, y yo tengo la responsabilidad de lo que suceda. Quizá por ahí encuentren dónde doblar el espinazo.

Meister, sin demostrar una gran contrariedad, repuso:

—Lo siento, muchachos; mis intenciones eran buenas, pero quien manda, manda. De todas formas, quedaos un día o dos, a ver si hay lugar a colocaros en algún otro sitio o el jefe cambia de opinión. Id al pueblo, y ya nos veremos.

—Gracias, Meister, de todas formas; me parece que el trabajo aquí iba a ser demasiado rudo. Somos hombres de espacios libres, y no topos. Hasta más ver.

El capataz había hecho un guiño expresivo a Texas, el que replicó con otro idéntico a espaldas del ingeniero, y, separándose del túnel, se encaminaron al pueblo; pero cuando estuvieron lejos de la mina, en lugar de dirigirse a Rockport, se encaminaron rectamente hacia el escondite de los caballos.

Nino, muy asombrado, comentó:

—¡Maldita sea Jalisco! ¿Por qué ese sapo no nos ha querido admitir, o así? ¿Acaso tenemos tipo de no poder con un pico en la mano?

—No, Nino. No nos ha admitido, porque yo le dejé anoche una nota diciéndole que nos rechazase. Me interesa más lo que ese tipo me tiene que proponer fuera de aquí que dentro. Creo que he tropezado con un hilo que seguir, y no quiero que se quiebre.

—¡Ah, bueno! Entonces, creo yo que habrá baile, ¿no es así?

¡Por el infierno, que estoy deseando sacar la guitarra y hacerla sonar!

Echaron un vistazo a los caballos, y luego se dirigieron al pueblo a esperar la visita del capataz.

CAPÍTULO V

Nino pasa un mal rato

AQUELLA noche, Meister bajó solo al poblado. El resto de sus compañeros quedaron en el campamento, junto al túnel.

Texas y Nino, con gesto de aburrimiento, le estaban esperando, y el capataz, cuando les vio, se apresuró a invitarles, pidiendo unos *whiskys*.

Luego, mientras el tabernero les servía, dijo en voz alta, al tiempo que guiñaba un ojo a Texas:

—Lo siento, amigos, pero no he podido convencer al ingeniero para que os admita. Tendréis que ir a buscar trabajo a la presa; quizá allí os necesiten.

—Bueno —dijo Texas—; no siempre salen las cosas como uno las desea. Iremos para allí.

Permanecieron un rato en la taberna, y, por fin, el capataz le hizo una seña.

—Me voy a dormir. Mañana hemos de madrugar.

Cuando se encontraron lejos del establecimiento, Meister, cambiando de tono, dijo:

Tengo para vosotros un buen trabajo, si en realidad sois duros y poco escrupulosos. Hay una buena ocasión de ganar un puñado de

billetes.

—Los billetes son los que interesan —afirmó Texas—; el procedimiento de ganarlos es lo de menos.

—Pues bien, os lo voy a indicar; pero antes de que os comprometáis alegremente, quiero advertiros una cosa; vais a trabajar para una organización muy poderosa que sabe pagar en todas las monedas. Lo mismo paga en oro, que en plomo. Todo depende de lo que el que trabaja sepa ganarse.

—Prefiero el oro.

Lo supongo. Advierto esto porque la traición y la ineptitud tienen otro premio, y no hay quien pueda eludirlo. Pensadlo bien antes.

—No somos niños de dos años, Meister. Necesitamos dinero, y no nos importa, cómo hemos de ganarlo.

—En ese caso, escuchad. Mañana tiene que llegar a Hamilton, para luego dirigirse aquí, un tren cargado de material para las obras del túnel. Este tren tiene que volar antes de llegar aquí, de forma que no se pueda comprobar lo que contenía.

—¡Por Judas! —Exclamó Texas—. ¿Nada menos que eso? ¿Qué contiene?

—Precisamente nada; cajones con arena y piedra, que pasa por herramental y material preciso para la continuación de las obras. Nuestra organización tiene dos intereses especiales en ese tren: uno, que se retrase la obra, y otro, que no se sepa que tal material no venía en él, para que el suministrante cobre su seguro.

—¡Ah, buena jugada! ¿Cuál es el precio de nuestro trabajo?

—Mil dólares para los dos, si sale bien; quizá cinco tiros si sale mal… ¡Elegid!

—Es muy poco tiempo —afirmó Texas—. Un tren no se vuela a tiros o se destroza a puñetazos.

—Claro que no; pero yo os puedo proporcionar toda la dinamita que necesitéis para ello. Hay un medio eficaz. El tren tiene que atravesar un puente sobre el río Skagit para llegar aquí. Si el puente vuela, tanto mejor, porque quedará cortada la comunicación durante el tiempo que tarden en repararle.

Texas se quedó dudando. Para comprometerse a realizar algo útil necesitaba un tiempo justo, y le parecía que el que se le brindaba era muy escaso.

—¿A qué hora pasa el tren por el puente?

—A medianoche de mañana.

—Muy apurado de tiempo voy a estar —dijo—, pero creo que podrá ser. Escuche: mi compañero se va a ir con usted, y usted le entregará una buena dosis de medicina para el puente, y yo voy a partir a caballo para reconocer aquellos lugares y tomar informes que me sirvan para no equivocarme. Prometo que el asunto saldrá bien.

—Pues no hay más que hablar… Puedes marcharte cuando quieras, y tu compañero que me siga. Yo le entregaré la carga.

Texas se dirigió a Nino, diciendo:

—Tomarás lo que te de nuestro amigo y te dirigirás con ello a las cortadas donde hemos estado antes. Allí te buscaré.

Nino asintió sin decir más. Ignoraba los planes de Texas, pero comprendía que debía ser parco hablando.

Texas se dirigió directamente a las cortadas y, tomando su caballo, se lanzó a todo galope hacia Hamilton, a pesar de que la noche era obscura. Le bastaba seguir la vía férrea para no extraviarse.

Sabía que no podía perder un minuto si quería que el plan que había concebido resultase bien, y debía aprovechar el tiempo hasta lo infinito.

Fue una carrera fantástica paja cubrir las veinte millas que separaban ambos pueblos, pero las cubrió en dos horas, a pesar de haberse detenido cierto tiempo en echar un vistazo al puente, que se hallaba a unas cinco millas de Hamilton.

Cuando llegó a la estación, ésta se encontraba desierta. Hasta la mañana no debía pasar tren alguno, y el jefe dormía en su garita tranquilamente.

La estación, sombría, hallábase alumbrada por un farol de petróleo que apenas si rasgaba las sombras en torno a su emplazamiento, y a la luz de las estrellas tuvo que buscar el lugar donde dormía el jefe.

Aporreó reciamente la puerta de la garita, y al cabo de un buen rato, el jefe, en mangas de camisa y empuñando un «Colt», apareció en la puerta, desafiante.

—¿Qué diablos busca aquí a estas horas?… —gritó, amenazándole con el arma.

—Baje esa mano y no se muestre estúpido. Si viniese a robarle los cuatro sacos de sal que tiene usted en la estación, no habría necesitado despertarle a porrazos. Tengo que hablar con usted urgentemente.

—¿Y quién diablos es usted para ordenar…?

Texas, impaciente, extrajo del bolsillo un papel sellado, que puso ante sus ojos. El jefe le echó un vistazo a la luz del farol y cambió de actitud.

—Perdone, señor… Uno no sabe…

—Vamos dentro; la cosa es urgente.

Penetraron en la garita, y el jefe, respetuoso, se exculpó:

—No le conocía personalmente, capitán; veo que el Gobierno le da plena autoridad, y mi deber es obedecer. Dígame de qué se trata.

—Mañana por la noche tiene que pasar por aquí un tren cargado de material para el túnel.

—Así es, capitán. Tengo ya el aviso. Llegará aquí a la una treinta y cinco deja madrugada.

—Bien; yo tengo orden de volar ese tren en el puente sobre el río, y debo hacerlo sin excusa.

—¿Está usted loco? —preguntó el jefe, asombrado.

—No; necesito hacerlo para dejar que alguien se confíe en mí y me lleve a la entraña de un enorme plan de sabotaje que hay contra el túnel; por eso necesito que confíen en mí y crean que la voladura se ha efectuado como está pensada.

—Pero volar un tren…

—Escuche: voy a volar el puente con un tren, pero no ése. Necesito que usted se las arregle como sea para que el tren que conduce el material quede detenido en alguna estación de tránsito, y se forme con una máquina vieja un convoy de varios vagones inservibles, que no importe destrozarlos. Ese convoy llegará aquí y saldrá de aquí camino de Rockport; yo le conduciré desde aquí y le abandonaré antes de que entre en el puente, para que vuele; después, corre de mi cuenta lo que se ha de hacer.

—Creo que me pide usted un imposible.

—No. Usted puede hablar con los jefes de la línea y ponerse de acuerdo con ellos. Hágales saber que es orden del Gobierno que nadie puede discutir y también que se ha de guardar fieramente el secreto. El tren detenido se llevará a una vía muerta, ocultándolo lo

mejor posible hasta que yo le inspeccione.

El jefe, aterrado, no sabía qué hacer; pero, acuciado por Texas, se dirigió al aparato transmisor y empezó a llamar angustiosamente a las estaciones del tránsito. Estuvo cursando varios despachos de largo texto solicitando respuesta urgente y decisiva, mientras Texas, tumbado sobre un banco, fumaba su pipa y se entregaba a hondas reflexiones, preguntándose, no por qué se pretendía volar el tren, pues comprendía claramente el sabotaje, sino por qué se había de volar un tren que ya venía con un material falso e inexistente.

No cabía más explicación que una: quien enviaba el pedido, perteneció a la secta, y, además de perturbar las obras del túnel, se embolsaba una buena cantidad de miles de dólares por el cobro del seguro. Tenía que investigar quién era el contratista del material, para, siguiendo su pista, llegar a la raíz que movía todo aquel artilugio.

Pasadas dos horas, empezaron a llegar respuestas a los despachos, y empezaba a clarear el día, cuando el jefe, sudando como un condenado, mostró varias largas cintas del Morse diciendo:

—Creo que todo se ha podido arreglar, capitán. El tren será detenido en Edison y guardado en el apartadero; el jefe de Sedro-Woolley enviará una máquina y cuatro vagones viejos que tiene en talleres, y yo le puedo añadir otros tres deteriorados que tengo aquí.

—Perfectamente. Todo esto lo necesito aquí a la una y treinta y cinco de la madrugada de mañana, y, entiéndame bien, si así no es y fracaso, le clavo a usted cinco tiros en la cabeza por pollino.

Y, con esta despedida inquietante, volvió a montar a caballo y regresó al poblado, dirigiéndose a las cortadas.

Nino, le esperaba con una carga de dinamita y los correspondientes accesorios para la voladura. El mejicano, muy intrigado, juró, cuando vio llegar a Texas:

—¡Por el infierno, manito! ¿Qué te has propuesto?

—¿Acaso no lo has oído? Volar el tren.

—¡Repinto!… ¿Serás capaz de hacerlo?

—Ya lo verás.

—Pero ¡maldita sea Jalisco!, ¿no comprendes que volar un tren tiene que costar la vida a alguien?

—Bueno, no te preocupes. En ese tren no vamos a ir más que tú y yo.

Nino saltó como un muelle, gritando:

—¡Maldita sea Méjico! ¿Acaso te crees que yo no hago falta allá abajo, o así? No es ésa la clase de muerte que terminará conmigo.

—Posiblemente, tú debes morir comido por las hormigas rojas, o arrojado a un nido de crótalos. Tengo que pensar cuál de ambas muertes me divertirá más.

—Bueno, tú búrlate, pero no seré yo quien haga la prueba.

—Tú la harás conmigo. ¿Acaso sabes lo emocionante que es ver volar un tren a veinte metros de altura yendo dentro? Eso no lo has experimentado nunca.

—No; ni me he bebido el agua de un río para dejarlo seco; pero ¡por todos los diablos, que no debe ser muy agradable intentarlo!

—Ya irás haciendo la prueba; ahora, déjame dormir un rato. Esta noche tenemos labor y debemos estar en vela.

Sin preocuparse del mejicano, se tumbó a dormir, y lo hizo despreocupadamente hasta media tarde, en que despertó fresco y descansado.

Mendoza fumaba rabioso, sentado sobre una peña, y, al observar que había despertado, clamó:

—¡No tienes nervios, manito! Te dormirás, o así, encima de un barril de pólvora con la mecha encendida…

—Pues, ¿qué vamos a hacer si no es eso esta noche? Verás qué hermoso resulta ver volar el tren estando dentro de él.

Nino hacía gestos extraños. No adivinaba los planes de Texas, pero le conocía tan bien que no dudaba en verle realizar algún acto de locura con la sonrisa en los labios y la pipa entre los dientes.

Comieron algunas conservas que guardaban, y Texas dio una orden:

—Recoge esa dinamita y atraviésala en tu silla. Si quieres adelantar el asunto, ponte a fumar encima de ella. Vamos, que tenemos que galopar veinte millas.

Abandonaron las cortadas, y, a buen trote, cubrieron el camino, llegando ya de noche al puente.

Texas detuvo su caballo, diciendo:

—Apéate y descarga eso. Voy a preparar el festejo.

El capataz había incluido en el saco algunas herramientas, y Texas comentó, humorístico:

—Ese Meister es un excelente muchacho. No deja nada al albur;

no nos ha incluido el féretro, quizá, porque le ha parecido demasiado grande, sobre todo el tuyo, pero apuesto que lo tiene ya reservado a tu medida.

Mendoza inició una mueca trágica y no contestó. Texas se había propuesto desquiciarle los nervios, y su intuición se lo estaba advirtiendo.

Jim trabajó cuidadosamente preparando la voladura a conciencia. Hombre experimentado durante la guerra, sabía realizar muchas cosas, y aquello para él era un juego de niños.

Si el capataz tenía empeño en que el tren se destrozase plenamente, él lo tenía más. Nadie debía encontrar rastros de la farsa, pues el éxito del sabotaje sería la garantía de posteriores gestiones.

Cuando terminó de conectar hilos para que la explosión fuese más amplia, se retiró satisfecho, diciendo:

—Si mañana queda una sola piedra de este puente en su sitio, me meto a pistolero. Vas a ver qué hermoso trabajo, Nino… Bueno, no sé si tendrás tiempo a verlo, pero yo te garantizo que será cosa grande.

Montó a caballo y su compañero le imitó, y media hora más tarde se detenían cerca de la estación.

Texas dejó a Nino al cuidado de los caballos y se dirigió a la cabina del jefe. Éste se hallaba pálido, pero le sonrió expresivo, y, extendiendo la mano hacia las vías, dijo:

—Ahí tiene usted su tren, ¡maldito sea el demonio! Me ha hecho usted sudar más que un tornado en el desierto. Si no le sirve, no hay fuerza humana que prepare otro.

Una máquina casi fuera de uso y siete vagones desvencijados componía el convoy. Parecía un pintoresco tren de Exhibición para patentizar lo que el tráfico rodado debió ser cuando se inventaron las máquinas de vapor.

—No está mal —dijo—; al menos habrá bastante hierro que retorcer.

Examinó los vagones. Estaban vacíos, y esto no le gustó.

Después de una requisa por los alrededores, fue en busca de Nino y se lo llevó a la estación, señalándole el tren.

—¿Qué te parece el aparato volador? A lo mejor, preferirías volar en un tren de lujo; pero no creo que tu persona merezca

muchos lujos. Ven y ayúdame.

Señaló varios barriles desfondados, algunos cajones rotos, unos sacos de sal y cuanto encontró cerca, y todo lo hizo cargar en los vagones.

El jefe clamaba contra aquel espolio, pero Texas advirtió:

—Si vale algo, que me pasen la factura. Yo pago.

Cargó también algunos pedruscos que encontró por los alrededores, y, cuando todo estuvo en orden, preguntó:

—¿Usted cree que esta cafetera destartalada será capaz de llegar hasta el puente?

—Sospecho que sí. No anda muy bien, pero para cinco millas tendrá ánimos de rodar.

—Con eso me conformo. Me alegraría que nos ofreciese usted algo de beber antes de intentar el viaje a la eternidad. Mi compañero tiene la lengua convertida en un esparto y no está acostumbrado a morirse con la garganta seca.

El jefe les ofreció un vaso de *whisky*. Nino lo bebió con ansia. Texas le estaba desquiciando los nervios y no adivinaba hasta dónde llegaba la broma y dónde iba a empezar la tragedia.

A la hora fijada para la salida, ya tenían todo preparado, y Texas había suplicado al jefe que guardase sus caballos. Luego subió a la máquina, invitando a Nino a acompañarle.

El mejicano, nervioso, exclamó:

—Pero, manito de mi alma, ¿de verdad que estás dispuesto a hacer volar este cacharro con nosotros dentro?

—¿Pues quién lo va a hacer volar, si no? ¿A quién le pagan los quinientos dólares por cabeza?

—Pero si… si volamos… ¿para qué diablos queremos ese dinero, digo yo?

—Ya lo cobrarán nuestros herederos. ¡Vamos, miedoso pringao, monta!

Nino hizo un esfuerzo y subió a la máquina. Texas manipuló en los aparatos y el tren se puso en marcha lentamente, entre un ruido horrible de hierros desencajados.

El terreno formaba un poco de pendiente, y Texas, con los frenos casi cerrados para que no se le fuese de las manos, cuidaba de que avanzase con lentitud.

Poco a poco, las cinco millas que le separaban del puente fueron

quedando atrás. Por fin, a la luz de la luna, descubrieron el brillo del agua, y Texas dijo:

—Reza lo que sepas, Nino. Estamos llegando.

—¿Yo? ¡Maldito sea tu corazón! Si voy al infierno de cabeza, ya te pedirán a ti cuentas después.

—Iremos juntos, Nino, y yo diré que te he mandado allí porque lo tenías bien ganado.

El puente se iba aproximando. Texas midió la distancia con la mirada, y al fin ordenó:

—¡Apéate, majadero!… ¡Pronto!… Y corre hacia aquellos peñascales. En seguida voy detrás de ti.

Nino lanzó un suspiro como un huracán y se arrojó velozmente del convoy antes de que Texas se arrepintiese de su orden.

Pero súbitamente reaccionó y, corriendo como un gamo detrás de él, se aferró al pasamano de un vagón y subió al estribo, gritando:

—No, manito, no, eso sí qué no, ¡maldita sea Jalisco! Tú también tienes mujer y vas a tener un hijo. Si hemos de morir, moriremos los dos juntos, como juntos hemos vivido.

Texas, furioso, rugió:

—Tírate del tren ya, so animal. ¿No ves que estamos para llegar al puente? Lárgate, pedazo de bestia, que enseguida me tiraré yo de él.

Nino, al oírle, obedeció y salió corriendo hacia los peñascales, volviendo la cabeza con desconfianza.

Pero pronto observó con alivio como Texas se arrojaba de la máquina y corría veloz tras él, para ponerse a salvo de los efectos de la segura explosión.

El tren se deslizó suavemente por la llanura y poco después penetraba en el pequeño puente.

No había llegado al centro de él, cuando una horrible explosión turbó el augusto silencio de la llanura. Una terrible lumbrarada de tonos rojos, azules y amarillos se elevó en el espacio y cientos de horrísonos crujidos siguieron a la explosión, al tiempo que el tren, convertido en innumerables trozos, se desintegraba, lanzado al aire fragmentos de su armadura.

Cuando la nube de humo se disipó y pudieron echar un vistazo, sólo descubrieron una hoguera, en la que se retorcían infinidad de

fragmentos de hierro informes. Nada que se pareciese a la silueta más o menos deformada de un tren quedaba para reconocerle.

Texas sonrió satisfecho. Nadie podría realizar una investigación que demostrase la farsa. Todo había salido medido a centímetro, y podía seguir su juego engañando a sus enemigos, que creían estar haciendo el suyo.

La explosión, así como el resplandor de las llamas, habían sido captadas en el poblado, donde los habitantes, aterrados y llenos de curiosidad, salían para dirigirse al lugar del siniestro, y Texas, que no quería ser descubierto allí, ordenó a Nino:

—Rápidos, vamos a dar una vuelta para penetrar en el pueblo por el lado contrario. Tenemos que recuperar los caballos y marchar al túnel. Hay que dar cuenta a Meister de que nuestra misión ha concluido felizmente.

Cuando penetraron en la estación para recoger los caballos, solamente se encontraba en ella el jefe, muy nervioso. Ardía en deseos de saber lo que había sucedido, pero no llegaba nadie a darle detalles.

Cuando vio aparecer a Nino y Texas, preguntóle éste:

—Por todos los diablos, ¿salió bien la cosa?

—¡Magníficamente! Le prometo hacer saber su comportamiento, para que reciba la debida recompensa. ¿Y nuestros caballos?

—Ahí detrás los tienen ustedes.

—Gracias. Nos vamos al túnel a seguir nuestro trabajo. Espero que todo esto acabe en el mayor secreto.

—Por mi parte, pueden estar tranquilos.

Texas, de súbito, se volvió, diciendo al jefe de estación:

—Un momento; quisiera cursar un telegrama.

Pasó a la cabina del telegrafista y, sin, necesidad de ayuda, cursó él mismo el despacho. Iba dirigido a Lewis Snok y decía:

«Todo bien; empiezo a actuar con fortuna. Averigua quien es el contratista de material para obras. Sobre todo, quién facilitó material salido de Bellingham ayer

mañana. Telegrafía nombre y señas al jefe estación de Hamilton, que se ha portado dignamente prestándome ayuda. Él me entregará tu respuesta. —Jim».

Abandonó la cabina, diciendo:

—Recibirá usted un despacho de la capital del Estado dándole un nombre y unas señas. Resérvelo y ya me lo entregará cuando vuelva. No quiero advertirle de lo importante que es guardar el secreto.

—Descuide, que sabré guardarlo. Ya estoy tan metido en este asunto, que no cabe volverse atrás.

—No lo perderá, se lo aseguro.

Despidiéndose de él con un apretón de manos, montaron a caballo, y, dando un rodeo para no cruzar por el lugar del siniestro, llegaron al río, vadeándole.

Desde lejos, a su derecha, se captaba el resplandor del incendio, que devoraba los restos del convoy, y entre las luces siniestras del fuego se distinguían siluetas que parecían rebuscar los restos del maquinista o de algún empleado del tren.

Texas sonrió divertido, y, lanzando el caballo por una senda que discurría entre taludes, abandonó aquel lugar, llegando a altas horas de la noche a las cortadas, donde volvieron a dejar sus caballos, y se tumbaron a dormir hasta el día siguiente, que darían cuenta al capataz del éxito de su trabajo.

CAPÍTULO VI

Las cañas se vuelven lanzas

EL despacho expedido por Texas fue directamente a la estación de Bellingham, desde donde debía ser reexpedido a la capital del Estado; pero el Destino, caprichoso, hizo que la persona que en dicha estación lo recibiese se sintiese intrigado más de la cuenta por el contenido, y, después de examinarlo atentamente, sacó una copia exacta, y, antes de transmitirlo a su destino, envió por delante una copia a Stanley Harvey, con una nota añadida que decía:

«Este despacho procede de Hamilton, a pocas millas de Rockport. Sigue su curso».

Harvey recibió el despacho una hora antes que el propio secretario de Estado, y fue tal el sobresalto que recibió al leer el contenido, que sintió que toda su sangre se le paralizaba en las venas, pues, leyendo entre líneas, adivinaba, que algo había sido descubierto y que estaba a punto de verse envuelto en un lío muy

peligroso.

Por si algo le faltaba para sentir sobresalto, bastábale leer quién firmaba el telegrama de pregunta. Al fin, cuando menos se sospechaba, Jim Texas había hecho su aparición, y no sólo había aparecido, sino que acababa de encontrar un hilo que seguir y se proponía no soltarlo hasta llegar a la madeja.

Apresuradamente, usando de la clave que Zenker le había facilitado, se apresuró a remitirle un despacho urgentísimo a su villa de Richmond. El astuto «hijo del diablo» le había autorizado a dirigirse a él en casos graves, y más graves que aquél se presentaría pocos.

Zenker recibió el aviso de su aliado rápidamente, y un rugido de furor se escapó de su pecho al comprobar que su terrible enemigo se había puesto en campaña sin él estar avisado de ello, y no sólo que se había puesto en campaña, sino que su instinto sagaz le había metido plenamente dentro de un terreno muy peligroso para la Asociación.

Contestó a Harvey, diciendo:

«Tome primer tren y márchese a tomar baños a la región del Maine. Avíseme dónde se encuentra instalado. No se preocupe de más, pero no se mueva de ahí sin previo consentimiento mío».

Este primer acto suyo tenía por objeto quitar de en medio al contratista. Podía sentirse débil y cantar si era apresado, y no le convenía de ningún modo que hablase.

Si podía arreglarse el asunto, bien, y si no… Ya enviaría a alguien que suprimiese radicalmente a Harvey para que nunca pudiese hablar de cosas peligrosas para la secta.

Luego, al agente especial que obraba en nombre del «Ku-Klux-Klan» en Bellingham, le envió un extenso despacho cifrado, en el que le advertía que seguramente se presentaría Texas en las oficinas

que Harvey había montado en dicha población para realizar los envíos falsos de material. Debían estar preparados para recibirle, y, si iba, apresarle, o, caso de no poder hacerlo, liquidarle a tiros.

Se enviaban las señas personales de Texas, así como las de Nino, y se pedía fuese avisado el jefe del sabotaje en el túnel para que estuviese alerta, y, caso de haberse filtrado entre los obreros ambos aventureros, deshacerse de ellos sin miramiento alguno.

«Los, hijos del diablo» tenían muy bien montado su servicio de comunicación, protección y ataque, y nada habían descuidado para sembrar sus agentes en lugares estratégicos; por ello el telegrafista de dicho poblado estaba al servicio de la secta, para comunicar cualquier incidente que pudiese poner en peligro todo el astuto plan trazado con tanto esmero.

Aún más: eligió uno de los hombres más hábiles y decididos de la secta y, obligándole a montar en el primer tren que salía de allí, le ordenó:

—Marche a Rockport y encárguese de dirigir el asunto si los esfuerzos de nuestros hombres fracasan. El nuevo enemigo que ha entrado en acción es terrible y hay que eliminarle. Si es preciso volar el túnel y la presa sin andar con paliativos, reclute, la gente necesaria y llévelo a cabo. La batalla la aceptamos y la damos donde nos la quieran presentar.

El agente salió inmediatamente para Wáshington, y Zenker, tenso y alerta, esperó ir recibiendo noticias sobre la marcha de los acontecimientos.

Su decisión y diligencia, así como la ayuda recibida, dieron a Zenker una ventaja de unas horas, muy precisas para organizar la defensa y el ataque, y así, cuando el telegrama de Snok pudo llegar a Hamilton con los detalles pedidos (que fue preciso averiguar), ya todo estaba preparado para contrarrestar su acción y tenderle todas las trampas posibles en las que hacerle caer.

Texas, ajeno al peligro que empezaba a cernirse sobre él, durmió en las cortadas, y, ya de noche, bajó al poblado, donde se entrevistó con el capataz.

Éste, que ya tenía noticia del desastre sufrido por el tren, sonrió complacido al verle, y comentó:

—Sois dos tipos de redaños, y creo que vamos a realizar grandes cosas. Aquí tenéis el dinero ofrecido, y espero que no tardando

mucho haya más trabajo para vosotros.

—Bueno; ahora nos vamos a gastarnos alegremente este piquillo mientras surge otra cosa. Creo que Bellingham es una localidad bastante agradable para ello.

El capataz, al oírle, aseguró:

—No se está mal, y si os decidís a ir allí, os agradecería que llevaseis una nota a un amigo.

—¿Por qué no? Creo que mañana saldremos para el poblado.

—En ese caso, esperad, que voy a escribirla. Es para el encargado del depósito de material que nos surte. Espero que será entregada en su propia mano.

—Pues no faltaba más. Lo que nosotros nos proponemos se cumple siempre.

Se guardó la carta en el bolsillo, despidiéndose del capataz hasta pasados unos días, y se dirigieron a Hamilton, donde esperaban haber recibido el telegrama del secretario de Estado.

En1 efecto, el despacho había llegado recientemente, y decía:

«Querido Jim:

"El contratista es Stanley Harvey y habita en Filadelfia. Posee, una agencia y depósito en Bellingham. Dime si necesitas algo, y, si puedes, comunícame qué sucede.

«Lewis».

Texas sonrió satisfecho y dio orden de poner otro telegrama, que decía:

«Vigila intensamente a Harvey, controla sus visitas y amistades, pero déjale suelto. Ya tendrás noticias mías. De

momento, es mejor decirte que todo va bien.

»Jim».

Estimando que era lo mejor que podía hacer, abandonó Hamilton y, en unión de Nino, se dirigió a Bellingham, donde, por medio de la carta, podría recoger algún dato que ir aunando a los pocos que poseía. No tenía interés en hacer detener al contratista, sino vigilarle para que le fuese sembrando posibles pistas en torno a él.

Cuando llegaron al poblado, en lugar de dirigirse directamente a las oficinas, buscaron una posada, y, ya en su habitación, Texas procedió a abrir la carta que el capataz le había entregado para el jefe del negociado de suministros. Al vaho caliente de un pote de agua puesto a hervir, le fue fácil la operación.

La misiva, breve y escueta, decía:

«Querido James: Comunica al jefe que todo fue bien. Material desapareció. Puede reclamar seguro en Compañía. De momento, debe suspender envíos, alegando falta de material. Intentamos algo por otros conductos.

"Meister».

Los «otros conductos» no se mencionaban, pero Texas supuso que debían esperar nuevos envíos, que sufrirían la misma suerte en diversos lugares.

Esto retrasaría la obra, provocaría el pánico y la desconfianza, suspendería el trabajo, irritaría a los obreros si paraban de trabajar y produciría otros trastornos sutiles, pero encaminados a sembrar la alarma entre el capital, obligándole a desertar.

Era anochecido cuando ambos abandonaron su hospedaje, para dirigirse a las oficinas y almacenes del contratista, para lo cual hubieron de preguntar dónde se encontraban instalados.

Harvey había montado un excelente tinglado en las afueras del poblado. Varios edificios de una sola planta formaban los almacenes, y uno más coquetón, rodeado por una verja de hierro, se hallaba destinado a oficinas.

El sitio era propicio para el negocio. El pueblo, situado en la costa y próximo a la frontera canadiense, constituía un depósito natural para recibir toda clase de materiales para servir a la región, y Harvey hacía un gran negocio en todo el oeste y norte de Washington.

Sobre la puerta de entrada a la villa se leía un gran cartel que decía:

STANLEY HARVEY
Material de construcción y herramental
Oficinas

Una cerca de ladrillo se corría a la derecha, encerrando los pabellones que servían de depósito.

No se notaba movimiento alguno en ellos, y Texas calculó que, debido a lo avanzado de la hora, los obreros debían haber abandonado el trabajo.

Pero, por si aún había alguien en las oficinas, se acercó a la verja y llamó tirando de un alambre que hacía vibrar una campana.

Poco después se abrió la puerta del pabellón que daba al vano del jardín, y apareció uno de los empleados.

—¿Qué deseaban? —preguntó—. Ya no es hora de oficina.

—Queríamos ver al señor James… Traigo una carta para él.

—Bien, démela, y…

—Lo siento, pero traigo el encargo de entregársela en propia mano.

El empleado vaciló, pero, ordenándoles esperar, desapareció para dar cuenta de su pretensión.

—Estos granujas tienen más miedo que una rata, creo yo —afirmó Nino—; me parece que no, les va a faltar motivo, o así.

El empleado penetró en una amplia habitación en la que trabajaban tres empleados, y al fondo, junto a una mesa, cambiaban impresiones el encargado de la oficina y un tipo alto, anguloso, de turbia mirada, cuya fisonomía resultaba antipática desde el primer momento.

Cuando el empleado dio cuenta de la visita, el individuo que conversaba con el jefe preguntó:

—¡Un momento!… ¿Dice que son dos? ¿Qué tipo tienen?

El empleado describió a Texas y Nino, y el individuo sobresaltado se dirigió al jefe, diciendo:

—James, me parece que los pájaros vienen a meterse en la jaula ellos solitos.

—Me extraña que sean ellos, señor Irhis —dijo James—. Los envía Meister y traen una carta de él.

—No importa; mis noticias sobre esos dos aventureros son serias. No hay dos tipos más audaces que ellos para filtrarse por el ojo de una aguja. Dígales que pasen, y tengan todos los revólveres a mano. Estoy seguro de que se trata de Texas y su compañero.

El llamado Irhis se acomodó detrás de una mesa, como si tuviese una misión que cumplir en la oficina, y todos fingieron dedicarse a un trabajo activo.

Texas y Nino, sin confiarse en nada, atravesaron el paseo enarenado siguiendo al empleado, quien les condujo a la oficina.

Ésta estaba situada metro y medio sobre el nivel del piso y poseía una amplia ventana al lado oeste del jardín.

James se adelantó a Texas, diciéndole:

—Creo que traen ustedes una carta para mí.

—Así es; puede leerla; aquí la tiene usted.

Hizo entrega de la misiva, que James leyó con atención, y acometido por enormes dudas, no queriendo obrar por propia cuenta, se la entregó a, su compañero, diciendo:

—Es de Meister, señor Irhis. Léala.

Éste la examinó atentamente, y luego preguntó:

—¿Qué relación tienen ustedes con Meister y el túnel?

—Pues… realmente con el túnel, nada. Estamos al servicio del capataz y hemos hecho algunos pequeños trabajos para él.

—¿Puede decírmelos?

—¿No los especifica en la carta?

—No; ni creo que sería muy diplomático hacerlo.

—¡Oh, claro!… No me había dado cuenta. Pues sí, hemos hecho algunos trabajillos… Por ejemplo, hemos tomado parte en la última llegada de material.

—¿Ha llegado bien?

—No; fue una pena, pero un accidente inexplicable hizo volar el tren en un puente… Corrimos un serio peligro, pues los dos íbamos en él. Por fortuna, pudimos apearnos a tiempo y no nos sucedió nada grave.

—¿Han sido ustedes los autores de la hazaña?

—Bueno, si a eso le llama una hazaña, pues sí.

—¿Desde cuándo conocen a Meister?

—Desde hace unos días nada más.

—¿Y Meister ha sido tan confiado que les encomendó, sin más conocimiento, una misión como ésa?

—¿Acaso nos salió mal?

—No; en efecto, no; pero no me explico esa confianza de Meister sin conocerle. ¿De dónde proceden ustedes?

—Pues verá —dijo Texas, socarrón, guiñando un ojo a Nino—. Yo me escurrí de una nube, y gracias a mis bonitas alas caí por allí cerca, una tarde; aquí, mi compañero, se escapó del infierno, donde no se sentía a gusto con tanto calor, y coincidimos en Rockport, y caímos en los angelicales brazos del capataz del túnel, quien nos acogió amorosamente.

Irhis frunció el ceño al darse cuenta de la broma, y con gesto frío repuso:

—No soy hombre a quien le sientan bien las bromas.

—¡Bah, ni a nosotros! Tenemos por lema no consentir que nos interroguen ni los *sheriffs*.

—Bien, ¿a qué han venido ustedes aquí?

—A traer esta carta.

—¿Simplemente?

—Bueno, y a gastarnos alegremente mil dólares que nos ganamos bien ganados. De momento, nuestro trabajo ha concluido.

—Bien. ¿Vuelven ustedes pronto a Rockport?

—Dentro de tres o cuatro días.

—¿Quieren ustedes llevarse un encargo para Meister?

—¿Por qué no?

—No les molestará mucho; se trata de este pequeño objeto…

Mientras hablaba, había metido la mano en el bolsillo de su chaqueta y, de súbito, sacó rápidamente la mano, armada con un pequeño revólver, aplicando el cañón al pecho de Texas. Éste, a pesar de estar prevenido, no pudo adivinar la rápida maniobra y se encontró con el arma peligrosamente apoyada en su pecho.

Irhis, sonriendo fríamente, exclamó con ironía:

—Bien, señor Texas; espero que sepa apreciar que en el mundo hay gente tan lista o más que usted.

La acción había sido tan rápida, que cuando Nino pudo llevar la mano al revólver, cinco armas más habían aparecido en las manos de los empleados, y una situación confusa se estaba produciendo, pues mientras Texas sabía que al primer movimiento recibiría un tiro antes de poder defenderse, Nino había encañonado a Irhis, pero los empleados le tenían a él bajo la amenaza de sus revólveres.

Un silencio impresionante sucedió a la acción violenta, y Texas, sin mover para nada los brazos, dándose cuenta de la situación, comentó fríamente:

—En efecto, señor Irhis, veo que es usted hombre listo… hasta cierto punto. De serlo completamente, hubiese preparado esta escenita un poco mejor. Ahora no le sirve de nada, pues no se está dando cuenta de que en cuanto haga un movimiento para disparar, mi amigo le clavará cinco tiros en un costado.

Irhis, en un movimiento nervioso, desvió un momento la mirada para hacerse cargo del peligro que podía correr y de la ayuda que el resto de los empleados podían prestarle, y aquel leve descuido con un hombre de la sangre fría y el valor de Texas le fue fatal. J.

Antes de que tuviera tiempo de volver a fijar plenamente la vista en Texas, éste, con un movimiento fulminante, había levantado una mano, pegando un golpe terrible en la que sostenía el amenazador revólver. Por efecto del porrazo, el tiro vibró sonoramente, pero la bala se clavó en el techo, y cuando la mano amenazadora quiso actuar, ya Texas la había atenazado fieramente y el cañón de su revólver estaba clavado en el vientre de su agresor.

Como si el estampido de la detonación hubiese alcanzado de lleno al mejicano, éste se tiró a tierra velozmente, y el gesto le

salvó, pues cuatro revólveres dispararon casi simultáneamente hacia el sitio donde segundos antes se encontraba, y las balas fueron a clavarse en la madera de la puerta.

Nino, divertido, levantó el brazo y disparó con rapidez increíble. James, alcanzado en un hombro, soltó el arma, emitiendo un terrible juramento; otro empleado que se había erguido sobre el asiento para abarcar mejor el lugar dónde el mejicano yacía tumbado, recibió una bala en la frente que le hizo caer de bruces sobre la, mesa en una postura trágica; y los otros dos, ante la terrible puntería de aquel coloso, se dejaron escurrir por detrás de las mesas, escudándose en ellas.

La decoración había cambiado como por encanto, y Nino, poniéndose en pie bruscamente, gritó:

—¡Cochinos pringaos, maldita sea Sonora! Ya estáis asomando las manos a lo alto para que yo las vea bien y después asomad la cabeza o así, o prometo clavaros veinte balas a través de esa basura de madera que os protege.

Los dos empleados, aterrados, comprendieron que era capaz de hacerlo, y levantaron los brazos por encima del tablero de las mesas, para demostrar que no empuñaban armas. Luego, surgieron pálidos y demudados.

—¡Salid de ahí, pelaos del infierno, y poneos en aquel rincón vueltos de espaldas y con las manos apoyadas en la pared!, pero bien altitas. Al primero que se mueva, o así, le destrozo a tiros…



Los dos empleados obedecieron, y mientras Nino vigilaba a James, que se retorcía como un lagarto en una cazuela caliente a causa del dolor, Texas, fríamente, seguía encañonando y sujetando por el brazo a Irhis, quien, dándose cuenta de que tenía pendida la partida, no se atrevía a iniciar movimiento alguno.

Por fin, la terrible presión de la mano de Texas le obligó a soltar el arma, y cuando ésta cayó al suelo, Texas la apartó con el pie y se retiró dos pasos.

—Bien, amigo —dijo—. Espero que se habrá convencido de que, para hombres como nosotros, no es usted tan listo como presumía.

Irhis rechinó los dientes, replicando:

—Bien, usted gana en este momento, pero no confíe mucho en su pequeño triunfo. Se ha metido usted en un zapato demasiado estrecho y le va a apretar tanto que le destrozará los pies.

—Bien, eso es cuenta mía; de momento, hay algo positivo, y es que para sorprender a hombres como nosotros hace falta más gente y más fogueada que ustedes. No presumía que estuviesen ustedes tan bien informados de mi presencia en estos lugares, ni que me

pudiesen identificar tan pronto, y esto va a dar motivo a una larga, conversación entre ustedes y yo. Nino, haz el favor de darle una patada en la boca a ese sapo, para que no se queje tanto, y ponme fuera de juego a ese par de alondras que tienes clavadas en la pared. Luego, acércate.

Nino no caviló mucho la forma de anular a los dos empleados. Les aplicó dos sendos golpes en la cabeza con la culata de su pesado revólver y los tumbó privados de conocimiento. Luego se acercó a Texas.

—¿Qué quieres que haga con este sapo, manito? ¿Te lo parto en cuatro pedazos y lo reparto por los cajones, o qué hago con él?

—Busca algo con que atarle bien; le considero el más peligroso e interesante. A ese otro, métele un metro de trapo en la herida y llévatelo a un rincón. Si sigue gritando, le metes una banqueta en la boca para que se entretenga.

Irhis fue reciamente amarrado por Nino, y luego, sentándole en una silla, Texas se dispuso a hacerle hablar fuerte y claro.

CAPÍTULO VII

Golpes y contragolpes

UN silencio impresionante se adueñó del despacho. Nino había taponado la boca del jefe con su propio pañuelo, y sus gemidos habían quedado ahogados por la tela. Irhis, retrepado en el asiento, fulguraba miradas de cólera contra Texas, mientras éste, para excitar sus nervios, atascaba y encendía la pipa con flema.

Por fin, se decidió a hablar.

—Sepa usted —dijo— que estoy enterado de muchas cosas, de tantas, que ni ustedes mismos son capaces de adivinarlo. Declaro esto para que medite mucho sus contestaciones, ya que al primer síntoma de engaño no me detendré ante nada y haré con ustedes monstruosidades. No ignoro con la clase de gente que estoy luchando, y precisamente porque conozco sus métodos, su falta de escrúpulos, su falta de valor para dar la cara y su crueldad, no estoy dispuesto a tener consideración con ningún “hijo del diablo» aunque le protegiese directamente su mismo padre. ¿Quién es la persona dueña de esto, que surte de material a los constructores del túnel?

—Si lo sabe, ¿por qué lo pregunta? Usted ha venido aquí sabiendo dónde se metía.

—Ciertamente; ya le digo que sé muchas cosas y otras no. Le preguntaré sobre todas, y cuando lleguemos a algo que sé y trate de equivocarme, empiece a sonreírse del éxito. ¿Cómo se llama el contratista?

—Stanley Harvey.

—¿Dónde vive?

—En Filadelfia.

—¿Quién les puso en antecedentes de que yo estaba en este lado de la región actuando contra la secta?

—Lo ignoro. Se me mandó un aviso con sus señas y orden de apoderarnos de ustedes si venían aquí… Es cuanto sé.

—¿Cómo recibió esa orden?

—Por un desconocido que se presentó a caballo.

—¿Y usted se confió del primero que quiso darle un aviso? Creo que es usted más tonto que Meister, o se lo finge.

Se volvió a Nino, diciendo:

—Registra esos cajones, Nino, y busca las cartas que encuentres. Quizá entre ellas esté el aviso.

Mientras el mejicano obedecía, Texas continuó:

—¿Quién nos ha descubierto y cómo?…

—Lo ignoro. Yo sólo me ocupaba del material.

—Es muy chocante que en el túnel no tuviesen noticias de nuestra presencia, y usted sí. ¿No lo comprende?

—No, ni tengo por qué. Recibí órdenes de…, bueno, de donde quisieran mandarlas, pues no conozco el lugar, y las obedecí. Eso es todo y no podrá saber más.

—Sobre eso tengo mis reservas. Mi compañero posee unas fórmulas mágicas para los desmemoriados, que son infalibles… ¿No encuentras nada, Nino?

Éste presentó a Texas unos cuantos papeles, diciendo:

—No sé si será algo de esto, ¡repinto! Hay aquí una cantidad de papelotes tan grande, que creo yo que bastarán para prender fuego al pueblo antes de irnos.

Texas tomó los papeles, examinándolos atentamente. Uno de ellos era un despacho telegráfico, pero por más que le examinó no pudo sacar nada en limpio de él. Parecía una tramitación de pedido de materiales, aunque redactado de un modo incongruente, y lo que más le extrañó fue que, contra lo normal, no tenía el lugar de

procedencia.

Su viveza de pensamiento le llevó a adivinar que estaba escrito en clave, y, sin detenerse a tratar de descifrarlo, lo mostró a los ojos de Irhis, diciendo:

Cinco minutos le doy para que me traduzca este despacho; bien entendido que más tarde tengo medios de comprobar su texto.

Irhis, apretando fieramente los dientes, exclamó:

—Es un pedido de material que se nos hizo. No sé qué tenga ningún otro significado.

—Bien, vamos a comprobarlo. Nino, ¿qué diablos fue aquellos granos que guardaste allá en las cortadas?

El mejicano se llevó la mano al, bolsillo, diciendo:

—Pimienta riquísima. Pica como rayos, o así.

—Muele un par de granos, mientras yo le hago, unos cuantos cortes en la carne a este pájaro. Luego, rocíaselos bien de polvo de pimienta. Quiero ver como baila con silla y todo.

Irhis palideció al oír la orden, y de mala gana rugió:

—¡No! Hablaré. Yo traduciré el despacho.

Asustado, hizo la traducción. Era la orden recibida para estar prevenidos sobre la presencia de Texas.

—¿De dónde viene este despacho?

—Juro que lo ignoro. Nunca vienen con el sitio de procedencia.

—¿Cuántos hombres afectos a la secta hay en el túnel?

—No lo sé. Sólo se cuida de ello Meister.

Texas hizo infinidad de preguntas, sacando poco provecho de ellas. Comprendía que aquel tipo sólo era un satélite obrando al dictado y que la cabeza estaba mucho más lejos de allí.

Por fin, tomó una decisión. Dejó a Nino al cuidado de los prisioneros y se fue en busca del *sheriff*, a quien puso en antecedentes de todo, mostrándole los documentos que le prestaban una autoridad suprema sobre todas las autoridades de la nación.

—Bien —dijo el *sheriff*—, ¿qué desea que haga?

—Simplemente, encerrarme bien a aquellos tipos y tenerlos a buen recaudo hasta que reciba usted órdenes terminantes sobre lo que se ha de hacer con ellos. Necesito también que ponga usted al frente de los depósitos de material una persona de confianza que embarque inmediatamente el material que figura declarado en las listas de embarque del tren siniestrado y que no fue puesto en

vagón. Es imprescindible que llegue cuanto antes al túnel para no paralizar las obras.

—Perfectamente. Ahora mismo me presento allí con cuatro ayudantes y me traeré a esos pajarracos a la cárcel. Respecto al material, encargaré a Lorry, que es el dueño del almacén del poblado, y entiende de eso.

—Ponga unos ayudantes suyos en los depósitos, por si en ellos hay algún obrero afiliado a la banda. Necesito que el material salga rápidamente, mientras se procede a arreglar el puente.

En unión del *sheriff* y de sus ayudantes, se trasladó a las oficinas, haciéndole entrega de los prisioneros, y, cuando dejó tramitado aquel asunto, dijo a Nino:

—Ahora, vamos a Telégrafos. Necesito saber de dónde procede este telegrama. Creo que él va a ser la clave de todo.

Dejando a Nino en la sala de espera, pidió hablar con el jefe de la estación. Ésta contaba con cuatro empleados, y, por ser un punto estratégico de la región, poseía un regular movimiento de trabajo.

El jefe recibió a Texas sin saber de qué se trataba; pero cuando éste le mostró su, documentación, se mostró un poco nervioso.

—Dígame en qué puedo servirle. Éste es un lugar muy tranquilo, donde la autoridad tiene poco que hacer.

—Esa será su opinión, pero no la mía. Vea: este despacho ha tenido que pasar por este puesto, y no me explico cómo carece del lugar de procedencia.

El jefe lo examinó, diciendo:

—Ni yo tampoco. Quizá fue un olvido del telegrafista al traducir la cinta.

—No lo crea usted. Fué un acto deliberado de precaución, y necesito dos cosas: saber de dónde procede y saber quién, ha manipulado con él, pero sin que el que sea se de cuenta de la investigación.

—Procuraré servirle. Tengo el archivo de cintas en mi poder, por si se presentase alguna reclamación sobre los textos, y puedo ver de dónde procede y la hora. Según ésta, podré decirle quién lo tradujo y le dio curso.

El jefe desapareció, volviendo después con diversos rollos de cinta azul, que colocó sobre la mesa. Pacientemente los fue desliando y leyendo su contenido, hasta que por fin exclamó:

—Aquí está. Fué puesto en Richmond anteayer, a las siete quince de la tarde.

—¿No puede saberse más?

—No. Si hay datos del imponente, estarán allí. A nosotros no nos mandan tales informes.

Texas, acometido de una idea súbita, exclamó:

—¿Quiere ver si están ahí unos despachos firmados por mí al secretario de Estado, así como una contestación de éste? Me interesa saberlo, pues quizá quien suprimió la procedencia de este despacho se enteró de los míos, y esto sirvió de clave para descubrir aquí mi presencia. Lamento darle tanto trabajo, pero el asunto es vital para la nación.

Después de una gran rebusca, fue sacando los textos, y entre ellos el que había sido copiado y retransmitido a Zenker.

El jefe de Telégrafos, muy nervioso, exclamó.

—Escuche. Esto puede ser lo que le interesa. Vea. Es la copia de su despacho, con una nota añadida que dice:

«Esto despacho procede de Hamilton, a pocas millas de Rockport. Sigue su curso».

—¿A quién está dirigido? —preguntó Texas, anhelante.

—A Jackie Lane, «Villa Baltimore», Avenida de Filadelfia, 134, Richmond.

Texas se enderezó, con los ojos fulgurantes.

—Gracias —dijo—. Ha prestado usted un gran servicio al Estado, y haré que le sea tenido en cuenta. Ahora, necesito saber quién es el que ha manipulado en todos estos despachos.

—Sospecho que solamente pueda haber sido Francis Mares. ¿Quiere que le llame?

—Sí, haga el favor. Necesito hacerle unas cuantas preguntas muy interesantes.

El jefe salió a la sala de recepción y buscó al telegrafista, que había dejado su mesa. El aparato estaba desliando la cinta sola y el hombre no aparecía.

—¿Dónde está Francis? —preguntó a otro empleado que se

ocupaba en preparar los despachos para la entrega.

—No sé, salió hace un rato; quizá ande por ahí.

Francis fue buscado, pero en vano. Había abandonado el servido, desapareciendo.

El jefe, contrariado, volvió a su despacho a dar cuenta a Texas, y éste, bramando de furor, rugió:

—Es preciso encontrarle antes de que pueda actuar. Si se ha dado cuenta del peligro, quizá a estas horas haya puesto en movimiento a algún satélite y se esté incubando una tragedia para todos.

Corrió al vestíbulo, donde Nino, furioso, se paseaba, fumando rabiosamente.

—Bueno va, manito; estoy…

—Cállate. No me importa cómo estás. ¿Has visto salir a alguien?

—Pues claro está, manito. Todos los que han venido a despachar asuntos, que han sido algunos.

—No me refiero a ésos. Me refiero a alguno del interior de los despachos.

—Pues sí, ¡repinto! He visto salir de allí a un tipo alto y negruzco, que se ha marchado muy deprisa.

—¡Maldición! Todo se ha perdido rugió Texas —Ese sapo nos va a echar por tierra todo el trabajo.

Nino lanzó una maldición y se echó a la calle, recorriéndola de un lado a otro, pero inútilmente. Francis hacía rato que había desaparecido y ya no era fácil localizarle.

—Bien… —dijo Texas, resignado—. Ahora tenemos que luchar a cara descubierta. No sé lo que ese tipo puede hacer aquí, ni las fuerzas con que cuenta para intentar algo. Habrán enviado un aviso al túnel, y acercarse allí va a ser tanto como sentarse sobre un volcán cuando empieza a arrojar lava. En fin, no podemos elegir el sitio de la lucha, ni el enemigo, sino aceptarlo como se presente, Es lástima, porque gozábamos del valor de la sorpresa, y ahora lo hemos perdido.

Se despidió, agradeciendo al jefe los informes que le había facilitado y, tomando a Nino de un brazo, dijo:

—Ya nada podemos hacer. Busquemos una taberna donde cenar, y mañana, de día, partiremos para Hamilton. Allí veremos si conseguimos algún informe, y, si no, será preciso volver a la obra

del túnel. Antes tengo que echar un vistazo al puente, pues pronto saldrá un tren con material, y tendrá que estar arreglado para el paso del convoy. Creo que se avecinan horas muy movidas.

—¡Bueno va, manito! Ya era hora que hubiese tiritos, o así. Se me está pudriendo la mano de tenerla en el bolsillo, y me temo, ¡maldita sea Sonora!, que tenga que volver a aprender el manejo del revólver.

Y siguió a Texas hacia la calle principal, en busca de la codiciada taberna. Eligieron una al azar. No había mucho público en ella, y el poco que había les pareció vulgar y nada jaranero.

Jim pidió una buena comida. Habían galopado mucho y pasado por diversas emociones, y sentían el estómago vacío.

La cena se dilató bastante. No tenían prisa hasta que rayase la mañana, y de alguna manera debían matar el tiempo hasta la partida.

Se encontraban de sobremesa, cuando hasta el establecimiento llegó el rumor lejano, pero inconfundible, de una serie de detonaciones que rápidamente parecían aumentar.

Texas se envaró al oír los disparos. Nada le importaba lo que pudiera suceder en un pueblo para él desconocido, pero un vago presentimiento le acometió, sin poder dominarlo.

Nino, socarrón, comentó:

—Bueno, manito, también aquí parece que les gustan los fuegos artificiales, o así. De buena gana iría a echar una mano a los que tuviesen más razón, si hay alguno que la tenga, ¡maldita sea Sonora!, que estoy que ardo por darle gusto al dedo.

Texas le hizo un gesto, añadiendo:

—Deja que cada cual se las componga como pueda. Me temo que salgas harto de pólvora no tardando mucho.

Algunos curiosos abandonaron el establecimiento para orientarse y dirigirse al lugar de la lucha, y los dos aventureros se quedaron en la taberna llenos de curiosidad, esperando que alguien acudiese dando detalles del suceso.

No tardaron mucho en recibirles, y con sobresalto. Un individuo alto, seco y rubio, se asomó brevemente a la puerta de la taberna, diciendo muy agitado:

—Han asaltado la cárcel. Se ha armado un tiroteo de mil diablos no sé por qué. Creo que para sacar, a unos presos que el *sheriff* tenía

guardados con mucho cuidado.

Texas dio un bote en la banqueta al oírle, y, dirigiéndose a Nino, exclamó:

—¡A caballo, Nino! Esos presos son los nuestros. ¡Por el infierno, no se han dormido esos sapos en presentarnos la batalla! Sospecho que, no tardando mucho, esto va a arder como un pino seco.

Ambos montaron a caballo y, orientándose por los disparos que iban decreciendo, atravesaron varias callejas hasta salir a una plaza apartada, donde, en un esquinazo, se erguía un pequeño edificio de dos pisos que estaba destinado a cárcel.

Cuando llegaron a la plaza, distinguieron varios jinetes que disparaban contra el edificio. En la puerta, atravesado, yacía un individuo que más tarde supieren de su identidad; era uno de los vigilantes que había caído cumpliendo su deber. Tirado en el suelo, amparándose en el cuerpo del caído, alguien disparaba con coraje contra los jinetes, que se retiraban por una calleja estrecha disparando sobre él, aunque las balas morían en la tierra. Al parecer, los asaltantes se batían en retirada, no se sabía si por haber conseguido su objeto o fracasado en él.

Texas lanzó su caballo valientemente al centro de la plazuela, gritando:

—¡Adelante, Nino; ahora le puedes dar gusto al dedo!

Nino empezó a disparar furiosamente, rugiendo:

—¡Cómo no, manito!… Hasta que tengan que ponerme una mano de repuesto para substituir la que se me queme…

Se lanzaron hacia la calleja, siendo recibidos con una descarga que no les hirió milagrosamente. El sombrero del mejicano salió volando como un enorme pájaro, y Nino clamó:

—¡Veinte dólares que se me van de la cabeza! Me haré otro con la piel de un tipo de estos.

Durante unos minutos los tiros se cruzaron sin que ambos pudiesen forzar el paso. Por fin, los misteriosos asaltantes se replegaron, disparando y barriendo la calleja haciendo muy peligroso el intento de seguir adelante, hasta que Texas, despreciando el peligro, metió el caballo al galope, seguido por Nino.

Pero ya sus agresores se habían diseminado por diversos huecos formados por la desunión de las casas. Sabían lo que hacían para

hacer más difícil la persecución, pero ambos aventureros, sin desanimarse, trotaron hasta los primeros huecos, introduciéndose uno por cada lado.

Texas descubrió entre las sombras de la noche un bulto que se disponía a torcer por una calle. Disparó rápidamente, y el bulto volteó, cayendo a tierra, donde, quedó inmóvil.

Cuando Texas se acercó a él, ya nada tenía que hacer. El individuo había caído atravesado el pecho de un balazo y estaba concluyendo sus últimos instantes.

Pero ya no distinguió a nuevos jinetes, y, retrocediendo, buscó a Nino.

Captó dos disparos y gritó, llamándole. Poco después, el mejicano, rabioso, se unía a él con el revólver empuñado.

—¡Maldita sea Jalisco! —gruñó—. He acertado a dar a dos tipos, pero he tenido mala suerte. Ninguno ha tragado tierra, y tú tienes la culpa, creo yo. Llevo un año sin matar a nadie, y estoy haciendo el ridículo.

—Bueno va, Nino, ¿qué le vas a hacer? Ya irás cogiendo puntería. ¿Se te escaparon?

—Así fue, maldito sea mi retrato; no sé por dónde diablos se escabulleron. Deben tener amigos por las casas cercanas.

—Yo he matado a uno, pero no me sirve cadáver. No puede hablar.

—Volvamos a la plaza; quizá encontremos a alguien que nos de detalles.

Cuando embocaron la plaza, descubrieron una figura que, en pie, con el revólver en la mano, guardaba la salida.

Nino quiso disparar, pero Texas desvió el arma.

—Quieto. Es el *sheriff*, lo he conocido por la estatura. Parece el palo del telégrafo.

El *sheriff* reconoció a Texas por el caballo, y, avanzando, preguntó:

—¿Han conseguido algo? Les conocí cuando llegaron, pero no podía saludarles más que a tiros. Estaba tirado como un perro en mitad de la plaza defendiéndome. Si no llegan ustedes tan a tiempo, me liquidan.

—¿Se llevaron a los presos?

—Sí, ¡por Judas! Se presentó un grupo de quince jinetes, y han

herido a los dos vigilantes, llevándose los presos. Se han dado bastante prisa.

—¿No tiene usted sospechas de quiénes han podido ser?

—No. Los que asaltaron la cárcel, según me ha manifestado uno de los vigilantes heridos, vestían unos sayales y cubrían sus cabezas y rostros con unos capuchones negros. El resto, como era de noche y se colocaron a distancia, no pudieron ser reconocidos.

—¡Ya! También aquí hay militantes del «Ku-Klux-Klan». Es una lástima no haber podido capturar vivo a alguno; le hubiésemos hecho cantar.

—Ya no hay remedio. Yo no sospeché nunca que sucediese tal cosa. Me cogió desprevenido, y cuando empezó el tiroteo, salí corriendo de mi oficina y vine aquí. No me han frito a tiros por milagro.

—Bien; creo que ya nada se puede hacer. La noche no favorece para encontrar una pista, y mucho más si tienen gente que les proteja en el poblado. Me interesa más lo que pueda pasar en el túnel, y mañana por la mañana iremos allí. ¡Ah! Lo que sí le agradeceré, es que vigile bien el depósito de materiales y refuerce sus ayudantes. Necesito que el material salga rápidamente para las obras.

—Le prometo hacer cuanto esté en mi mano —afirmó el *sheriff*.

Se despidieron de él y se dirigieron directamente a la posada, donde tenían alquilada su habitación. Necesitaban un buen descanso para hacer frente a las jornadas que se les avecinaban.

Texas, no fiándose de nada, colocó una silla con la palangana apoyada sobre la puerta, y con el revólver debajo de la almohada, se durmió.

CAPÍTULO VIII

EL ENEMIGO DESPIERTA

SE hallaban en lo más profundo de su sueño, cuando un horrible estrépito de hierros chocando contra la tarima del piso les obligó a sentarse de un salto en la cama, llevando de modo mecánico la mano al cabezal, debajo del que guardaban el revólver.

Al débil reflejo de la luz lunar que se filtraba por el hueco de la ventana, Texas descubrió cómo alguien empujaba la hoja de la puerta. El intruso, no sospechando las argucias de su terrible enemigo, estimó que podía filtrarse cautamente por el vano empujando con suavidad la hoja, pero la silla colocada en actitud inestable y el ruidoso adminículo, que se erguía sobre el respaldo perdieron el equilibrio al leve empujón, armando aquel horrible estrépito que les puso en guardia instantáneamente.

Texas se dio cuenta de que alguien pretendía sorprenderles, y al observar que, tras el aviso de alarma, sus enemigos, ya sin poder guardar el incógnito, sólo trataban de penetrar lo más rápidamente posible para impedirles la defensa, esperó unos segundos sin moverse de la cama, y cuando la puerta conseguía empujar la silla, abriendo un hueco para dar paso a una persona, disparó.

Un horrible grito de dolor fue la respuesta. Nino disparó a su vez

contra la madera, por si detrás había algún otro escondido, e inmediatamente, arrojándose del lecho, se embutieron los pantalones y con impetuosidad se dirigieron hacia la salida.

Pero Texas, deteniendo a Nino, que pretendía lanzarse fuera, le echó hacia atrás y, asomando un instante el brazo por el vano, disparó a izquierda y derecha.

Varias ráfagas de plomo contestaron a su disparo, y Jim se convenció de que el pasillo estaba bloqueado y que era una imprudencia salir a él.

Nino, rabioso, gruñó:

—Bueno, manito, me parece que nos han metido en una ratonera.

—Eso creo yo. Fui un estúpido en no pensar que, una vez descubiertos, nos pudiesen seguir hasta aquí. De todas formas, si contaban con sorprendernos, se han llevado chasco.

—Bueno, pero así no hay quien pueda pelear, ¡maldita sea Guadalajara! —gruñó Nino.

—Por si acaso, no te pongas en la trayectoria de la puerta, no sea que té coloquen una bala en esa barriga de elefante que tienes. Eres un maldito, cerdo, Nino; tienes que perder carnes, o el día que te las echen a los buitres, van a reventar de gordos con ellas.

—Quisiera saber quién es el fajao que pueda hacerlo, ¡maldita sea Sonora! Que se atrevan a intentarlo.

Varias balas penetraron por la ranura abierta, pero se perdieron al lado contrario del que se encontraba la pareja.

—Que tiren por ahí —comentó Nino—; así gastarán toda la pólvora.

Texas hizo una seña y se tumbó en el suelo. Luego se arrastró hasta poder alcanzar aquel estrecho vano y, con el brazo estirado, disparó, retrocediendo inmediatamente.

Un nuevo grito de agonía les advirtió que había vuelto a hacer blanco, y, aunque media docena de balas se filtraron por el hueco, ya era tarde.

—Otro que ha comido plomo —comentó Texas—, si les gusta, espero que queden satisfechos del banquete.

Nino, no conforme con aquella situación, apuntó:

—Bueno, manito, creo yo que debíamos ofrecérselo más cerca de la boca, para que no se pierda una onza. ¿Por qué no salimos un

ratito o así a barrerlos de ahí?… Es un asco, creo yo, pelear así escondidos, ¡maldita sea Jalisco!

—No será verdad, Nino. Ignoramos cuántos nos acechan ni dónde se emboscan, y cuando quisiéramos darnos cuenta de su situación estaríamos boca arriba con los ojos mirando al cielo. Yo creo que aún hacemos falta en el rancho.

—¡Oh, claro, manito! Hay allí dos rechulas que deben estar a estas horas con el corazón en los dientes pensando en nosotros. Bueno, para consolarlas, creo yo que debíamos hacer un buen collar de lenguas de sapos y llevárnoslos para allá.

Nuevos disparos cortaron el diálogo, pero nada adelantaban con aquel tiroteo ineficaz, ya que no podían colocarse frente a la puerta para disparar de frente.

Pero tampoco los sitiados resolvían su situación apurada y se estaban preguntando cómo terminaría aquel lance y qué podrían hacer unos y otros para salir airosos del terrible momento.

Hubo una tregua que no le agradó nada a Texas. Podían estar estudiando algún otro método para vencerlos, y él era un hombre que no dejaba tomar la iniciativa al enemigo si podía adelantarse a los acontecimientos.

Haciendo señas a Nino para que vigilase atentamente la entrada, se acercó con precaución al vano de la ventana y echó un vistazo taladrando las azulinas sombras con sus ojos de búho. El piso se encontraba a una altura de dos metros y medio del nivel de la calle, y la ventana por aquel lado daba a una especie de amplio corral con algunos cobertizos al fondo.

La ventana, demasiado estrecha, podía permitirle deslizarse por ella, pero no así a Nino. Por otra parte, el salto era peligroso, y si bien él, más delgado y flexible, podría intentarlo, la humanidad del mejicano no lo soportaría.

Contrariado por el inconveniente, se quedó dudando, pero, tomando una resolución, se acercó a Mendoza, preguntándole al oído:

—¿Eres capaz de quedarte aquí y defenderte solo hasta que yo pueda ayudarte?

—Según. ¿Qué pretendes?

—Saltar por la ventana a la corraliza, buscar el caballo, si lo encuentro y me hace falta, y cargar sobre esa chusma por la parte

principal. Si alcanzo el piso y los sorprendo, te llamaré y sales. Cogidos entre dos fuegos, es fácil que los diezmemos o les arrojemos del hotel y podamos escapar…

—Bueno, manito, si no hay otro remedio, salta. Ya he visto que aquí hacen ventanas sólo para los lagartos: pero haz el favor de volver. Si no agujereo cuatro o cinco barrigas, no me iré satisfecho, creo yo.

Texas se encaramó a la jamba de la ventana, se aferró a ella con los pies colgando en el vacío y se dejó caer encogiendo las piernas en el salto, para no caer rígidamente. Al tropezar con la tierra, sintió un calambre en las articulaciones, pero no sufrió ningún daño.

Pegado a la pared, dio la vuelta a la corraliza y alcanzó los cobertizos. A la derecha, una puerta tosca daba a las cuadras, donde había varios caballos, entre ellos los suyos, y satisfecho de poder contar con sus monturas, volvió al corral buscando la salida.

La puerta, al fondo, daba a la espalda del hotel y se podía abrir levantando una pesada tranca de madera. Con precaución la levantó y, entreabriendo levemente, echó un vistazo fuera, pero nada descubrió.

Un vano de tierra sin edificar se abría ante él desierto y tranquilo.

Volvió a las cuadras, tomó los caballos, sacándolos en silencio, y los trabó ligeramente, alejados en la zona de sombras. Luego, empuñando el arma, se pegó a la fachada y dio la vuelta, buscando la entrada del hotel.

Cuando desde la esquina de la fachada principal echó un vistazo a la puerta, la encontró desierta. Los asaltantes debían haberse hecho dueños del hotel, y, seguros de tener acorraladas a sus víctimas, no se habían preocupado de ser sorprendidos por la espalda.

Como un gato avanzó hasta llegar al vestíbulo, pero en él quedó tenso. Un individuo, cubierta la cabeza con un negro capuchón, estaba vuelto de espaldas a él, muy interesado por lo que sucedía arriba.

El capuchón le colocaba en situación desventajosa, pues no podía mirar de soslayo, e incluso el burdo tejido amortiguaba cualquier rumor a su lado. Texas lo comprendió así y, avanzando

cautamente, se colocó a su espalda.

Su férrea mano dejó caer brutalmente la culata del revólver sobre el cráneo del enmascarado, y éste, abatido como una res, se desplomó, sin tiempo a emitir un quejido.

Texas le arrastró a un lado, y se disponía a seguir, cuando una idea súbita le acometió. Le arrebató aquel uniforme de fantasma y, embutiéndose en él, cubrió sus ojos y se deslizó por la escalera, en el momento en que se elevaban recios gritos y volvían a vibrar los estampidos de los revólveres…

Al mismo tiempo, su fino olfato captó olor a madera quemada, y una bocanada de humo llegó hasta él. Rápidamente comprendió que los intrusos habían prendido fuego a algo con objeto de obligarles a salir.

Ganó el rellano de la escalera, y a la luz del débil farol que lucía en el techo del pasillo, descubrió a varios enmascarados, al tiempo que unas lenguas rojizas se elevaban al fondo frente a la puerta de la habitación que ocupaban.

Alguien le vio moverse, pero, engañados por el capuchón, no hicieron aprecio de él. Texas, entonces, se amparó en un ángulo de una puerta, protegiendo su cuerpo con el vano, y, sin previo aviso, empezó a disparar sobre los encapuchados que se movían junto a la naciente hoguera.

Su pulso certero fue como un huracán de fuego abatiendo gente. El plomo mordía las carnes más o menos gravemente, y cuando sus enemigos quisieron darse cuenta del peligro, parte de ellos ya habían caído siniestramente; algunos buscaron protección en los vanos de las puertas, buscándole con rabia, pero en aquel momento la estruendosa voz de Texas rugió:

—¡Adelante, Nino!… ¡Barramos a estos sapos venenosos!

La puerta del dormitorio se abrió violentamente, y por entre el humo y las llamas surgió la obesa silueta del mejicano disparando rabiosamente.

Texas, para no servirle de blanco, se quitó el capuchón y le animó a gritos.

La aparición de Nino fue algo apoteósico. Los sectarios, viéndose perdidos, saltaron como corzos cruzando ante el huracán de fuego de Texas, para rodar por la escalera como pelotas, y en segundos el pasillo quedó limpio, salvo que en él yacían los que habían sido

mortalmente heridos.

Texas no se detuvo un instante, y acabando de despojarse de aquel burdo sayal, advirtió:

—Rápido, sígueme; pueden tener más gente escondida por los alrededores. Tengo los caballos a la espalda del hotel.

Disparando como demonios, saltaron a la calle. Algunas balas sueltas disparadas desde el frente les rozaron peligrosamente, y cuando doblaban la esquina comprendieron que la previsión de Texas no era vana. Algunos elementos de refuerzo que se encontraban emboscados por los alrededores acudían en auxilio de sus derrotados compañeros.

Texas y Nino, a grandes zancadas, doblaron la esquina, poniéndose a cubierto de los disparos.

Pero sus enemigos eran pegajosos y tenían empeño en deshacerse de ellos, porque inmediatamente se lanzaron tras sus pasos, persiguiéndoles rabiosamente.

Desde el mismo esquinazo, Texas y Nino se volvieron y dispararon los dos cargadores de sus revólveres. Esta lluvia de balas, que alcanzó a alguno, pues captaron rugidos de dolor, les contuvo durante algunos minutos, temiendo avanzar, y cuando al fin se decidieron; clamores de rabia poblaron el aire.

Ya Texas y Nino, a lomos de sus monturas, se hundían en las sombras de la noche hacia las afueras del poblado, y una rabia inaudita se apoderó de los sectarios.

Alguien que debía llevar la voz cantante empezó a gritar pidiendo caballos. Los encapuchados se movieron en distintas direcciones y poco después rebotaron los cascos de las cabalgaduras que no debían estar muy lejos de allí, y media docena de jinetes, montando sobre ellas, se lanzaron al galope por las callejas del pueblo, tratando de localizar a los fugitivos.

Pero éstos montaban dos caballos excepcionales. Así, cuando dejaron atrás la zona poblada y salieren al valle, los dos huidos se les habían esfumado como el humo arrastrado por el vendaval, y aunque se dividieron en tres grupos tomando tres direcciones distintas, pronto se vieron obligados a retroceder burlados.

Pero este fracaso no podía detenerlos. Habían recibido una orden tajante respecto a aquellos dos intrusos, y tenían que cumplirla o sufrir el castigo a su fracaso.

Cuando Texas se convenció de que habían dejado muy atrás a sus perseguidores, trazó un amplio circulo para dejar unas huellas falsas si al día siguiente emprendían su búsqueda, y, aunque lejos, casi se situó a la espalda del pueblo, pero más tarde, encontrando un terreno duro no apto a ir dejando un rastro fácilmente registrable, volvió a enderezar el rumbo con dirección a Hamilton.

No confiaba mucho en engañar a sus enemigos. Éstos, conocían la finalidad de su presencia en la región, y sabían que no se detendría ya para salir victorioso; pero si les hacía perder unas horas, éstas le serían de mucha utilidad para sus planes.

Su objeto era telegrafiar a Snock para que realizase algunas investigaciones respecto al misterioso Jackie Lane, de Richmond, mientras él trataba de solucionar el asunto del material para las obras y discriminar cuáles eran los elementos que estaban complicados en el sabotaje, para la cual pensaba enfrentarse con el mastodóntico capataz y obligarle a hablar aunque tuviese que descoyuntarle todos los huesos.

El jefe de estación de Hamilton había demostrado gran lealtad y le podía ayudar, aparte de que tendría que estar preparado para la recepción del nuevo convoy que debía llegar rápidamente.

Amanecía cuando alcanzaron a distinguir el pueblo entre la bruma de la mañana, y nada parecía turbar la tranquilidad de aquel lugar:

Texas se dirigió directamente a la estación. Aunque era aún temprano y el jefe estaría durmiendo, no le haría mucha extorsión despertándole, y, alcanzando el andén, se acercó a la garita.

Ésta se encontraba en silencio, y Texas aporreó la puerta, mientras Nino, con el revólver empuñado, le guardaba, las espaldas.

Fueron inútiles sus llamadas; el jefe no respondía a ellas, y Jim, extrañado, se preguntó si el jefe, asustado, habría huido, abandonando su puesto.

Aún no había llegado ningún mozo. Estación de poco tránsito, no cruzaban trenes hasta bien entrada la mañana, y los alrededores estaban desiertos.

Texas, contrariado y alarmado, insistió en la llamada, y, como siguiera siendo negativa, se acercó a la cerrada ventana y de un puñetazo rompió el cristal, metiendo la mano por el hueco para levantar el picaporte que cerraba las hojas.



Abrió y echó un vistazo, retirando la cabeza con rabia. El jefe, sentado sobre su banqueta, estaba caído de bruces sobre la mesa. El aparato telegráfico estaba destrozado y el infeliz empleado mostraba clavado en la espalda un enorme cuchillo.

Texas, maldiciendo, saltó al interior, acercándose al herido, pero pronto comprendió que nada podía hacer por él. La muerte debió ser casi instantánea.

Al examinarle, sonrió siniestramente. Junto al cuchillo habían dejado un cartón con una figura toscamente dibujada. Esta figura era el capuchón con el largo cucurucho empleado por los afiliados al «Ku-Klux-Klan».

Volvió a saltar al exterior y, cerrando cuidadosamente la ventana, hizo una seña a Nino y montó a caballo, alejándose

rabioso con dirección a Rockport.

CAPÍTULO IX

UN ATAQUE A FONDO

NINO, extrañado del gesto feroz de su compañero, preguntó:

—¿Qué sucede, manito? Parece, o así, como si te hubiese picado un crótalo.

—Creo que peor, Nino. Han asesinado al jefe de la estación, y lo han hecho por habernos prestado ayuda.

—¡Los muy pringaos! Quisiera tener al alcance de mis manos al piojoso que ha hecho la faenita, para dejarle un recuerdo de ella.

—No lo sabremos nunca, Nino. Son muchos; se han movilizado todas las fuerzas que tienen en la región, y creo que van a brotar a nuestro paso como hormigas. No sé qué vamos a poder hacer los dos solos contra una horda como esa.

—Despachar unos pocos cada día, manito. No tenemos mucha prisa, creo yo, en irnos.

—Eso sería lo de menos, pero no es gente que pierda el tiempo. Tiemblo si, desesperados al saberse descubiertos, han intentado algo grave contra el túnel. Sería una desgracia y un golpe funesto.

—Bueno va, pues iremos allí, entraremos a tiros, nos pondremos en la boca del túnel y que vayan llegando, a ver si hay algún fajao que pase.

—Es que allí hay ya más de cien obreros y no sabemos con los que se puede contar. Eso es lo malo.

—Pues creo yo que si le cortamos las orejas y la nariz a aquel puerco de capataz, nos lo irá diciendo a medida que se vaya desangrando, o, si te parece, le puedo clavar unas buenas estaquita entre las uñas. Una vez un indio mejicano probó a hacerlo conmigo, ¡maldita sea toda su estampa!, y aún me estoy riendo de la gracia que me hizo la broma.

Texas no contestaba; se había entregado a reflexiones más hondas y graves que las del infantil mejicano.

De pronto, a la luz del sol que ya empezaba a lucir con fuerza, reverberó a sus ojos la cinta plateada del río, y algo atrajo la atención de Texas.

—¡El puente! —exclamó—. Vamos a echar un vistazo, a ver cómo va el descombrado. Me interesa que el puente quede listo lo antes posible, para que pueda pasar el tren, del material. Eso es urgente.

—Si le dejan pasar —arguyó Nino.

—Ya procuraremos que así sea.

Por fin llegaron al lugar del siniestro. La noche de la voladura, se habían alejado a todo galope apenas explotó el barreno y no habían alcanzado a abarcar la magnitud de su obra.

Más de dos docenas de obreros estaban trabajando en desalojar el puente. Texas se dio rápida cuenta de que la obra no sería muy larga. El puente, al partirse, había despedido al fondo del río una buena parte del convoy, y sólo restos de él yacían en la armadura.

Texas descubrió entre los que trabajaban en la vía a un individuo luciendo al pecho una estrella plateada, y, al comprobar que se trataba del *sheriff*, se alegró.

Avanzando hacia él, exclamó:

—Buenos días, *sheriff*.

El *sheriff*, que era un tipo seco y huesudo, pero con rostro de hombre jovial y bromista, contestó:

—¡Hola, muchachos! ¡Buenos días! ¿Buscaban trabajo, por casualidad? Si es así, aquí lo hay para unos días. Creo que aquí al amigo le convendría doblar un poco los riñones con la pala y el pico, a ver si se le nivela un poco la barriga. Debe comer mucho tocino y está demasiado grasiento.

Nino hizo una mueca agria al oír la broma, pero Texas, sonriendo, replicó:

—Le buscaba a usted precisamente, y, si le es igual, en lugar de darnos trabajo, podemos darle conversación. Creo que le resultará muy interesante la charla.

El *sheriff* miró a Texas con extrañeza, y luego repuso:

—Bien; pues empiece a echar palabras por la boca. Estoy bastante aburrido, y no me vendrá mal un rato de entretenimiento.

—En ese caso, haga el favor de separarse un poco de ahí. Lo que le puedo contar creo que le interesa a usted sólo.

El *sheriff*, más extrañado, obedeció, y cuando se encontró a solas con Texas, éste preguntó:

—¿Es usted hombre de agallas y leal a esa estrella?

El aludido se sintió molesto y replicó agriamente:

—Pruebe a salirse de la legalidad, y se lo demostraré.

—En ese caso, escuche. Acabo de venir de la estación, donde he descubierto que han asesinado al jefe.

El *sheriff* hizo un brusco movimiento, y, llevando la mano a la cintura, exclamó:

—¿Si? Pues no se mueva, por si tiene algo que decirme después que eche un vistazo por allí. Parece que sabe usted más que debía saber para ser forastero.

Texas, sonriendo, exclamó:

—No se vaya del seguro, *sheriff*, que puede llevar una sorpresa. Haga el favor de ver esto, y olvídelo después, que será muy conveniente. Sacó su nombramiento de delegado omnímodo del Gobierno y se lo entregó. El *sheriff*, después de haberle echado un vistazo, exclamó:

—¡Oh, bien, perdone!… Pero tiene usted una pinta con ese traje, que más parece un pistolero, que…

—El hábito no hace al monje. Necesitaba parecer lo que parezco, y por eso lo he elegido. Ahora, oiga una bonita historia que no le hará gracia alguna.

Y a grandes rasgos le contó todo lo sucedido y lo que amenazaba con suceder.

El *sheriff*, asombrado e indignado a la par, gruñó:

—¿Con que sapos del «Ku-Klux-Klan» por aquí? Me alegraría saber quiénes son, para ponerlos a buen recaudo. Yo soy del Norte y

no comulgo con los sudistas.

—Pues presiento que no tardará en verles el antifaz; por eso le busco, pues necesito su ayuda.

—Bien; dígame en qué puedo ser valioso, y cuente con Pete King para todo.

—En primer lugar, me agradaría saber que cuenta usted con gente de agallas, para poner aquí algunos que protejan a los trabajadores e impidan que nadie cruce a la fuerza el puente camino de Rockport. Presumo que mis perseguidores intenten llegar al túnel, donde creerán que estoy, y, sobre todo, que impidan que el puente sea arreglado para que no pasen más trenes de material.

—¡Oh! Claro que cuento con ayudantes que saben para qué sirve un revólver en la mano.

—Pues convendría que enviase unos cuantos y luego se acercase a la estación. Allí encontrará la tarjeta de visita de esos sectarios en la espalda del pobre jefe.

—¿Piensan ustedes quedarse aquí?

—Sí, hasta que dejemos esto bien guardado, suponiendo que no nos vengan a visitar antes. Deben estar husmeando nuestras huellas, pues poseen un interés excepcional en eliminarnos.

—Me hago cargo de ello; bueno, iré al pueblo y mandaré, de momento, la gente que pueda. Confío en que, si aparece alguien, ustedes sabrán recibirles dignamente. Tienen ustedes cara de saber valerse por sí solos.

—Siempre que no caiga sobre nosotros una nube de esos sapos. No olvide que pertenecen a una secta donde las órdenes hay que cumplirlas, o el castigo puede ser terrible.

El *sheriff* requirió su caballo y, montando en él, se alejó a todo trote, mientras Texas y Nino, adelantados un poco, escudriñaban el horizonte, temiendo ver aparecer a cada momento un buen contingente de sectarios lanzados tras sus huellas.

Sus temores no eran infundados.

Apenas si el *sheriff* habría tenido tiempo de llegar al pueblo, cuando una nube de polvo se levantó en el horizonte, y Texas, adivinando que se trataba de los «hijos del diablo», se apresuró a volver al puente, diciendo:

—Amigos, si alguno hace falta en su casa, que cruce a la otra orilla, porque dentro de un momento va a llover plomo en

abundancia. Alguien tiene interés en que este trabajo no se lleve a efecto, y para ello apelarán al revólver. Si hay quien tiene revólver y se siente con ganas de usarlo, que nos acompañe.

Dos de los obreros mostraron el suyo con decisión, y Texas les colocó estratégicamente al otro lado de la rotura del puente, mientras, él y Nino, que habían cruzado con los caballos la corriente, se parapetaron tras los restos de un vagón, dispuestos a recibir dignamente a los asaltantes.

Estos se acercaban velozmente. Debían ser los mismos que intentaron copar a Texas y a Nino en el hotel, porque sus monturas acusaban el cansancio de la carrera y los jinetes aparecían cubiertos con los negros sayales y las capuchas, que sólo permitían distinguir el brillo de sus ojos.

Los sectarios debían estar convencidos de que iban a sorprender a los obreros, porque avanzaron confiados hasta el mismo borde del puente; pero cuando se disponían a penetrar en el trozo útil que quedaba, la voz de Texas vibró, enérgica:

—¡Fuego!

Cuatro revólveres tronaron súbitamente y otros, tantos jinetes rodaron por tierra, alcanzados a menos de una docena de metros. Este recibimiento, que no esperaban, les paralizó durante un momento, y cuando quisieron sacar sus armas una nueva descarga había abatido a otros dos atacantes.

El resto hizo retroceder sus caballos y, corriéndose por la orilla del río, trataron de coger de flanco a los defensores, pero éstos, agazapados entre los restos del convoy disparaban rabiosamente, manteniéndoles a raya, sin ser alcanzados.

Los sectarios, furiosos, buscaban la forma de eliminar a aquel intrépido cuarteto que se oponía a sus designios. Comprendían que era un número muy escaso, y les resultaba humillante ser detenidos por ellos.

Los obreros se habían puesto a cubierto a la otra orilla del río, siguiendo las peripecias del combate con emoción, y las balas enemigas no llegaban hasta ellos.

Después de un tanteo inútil, alguien dio una orden y los jinetes se corrieron por la ribera, distanciándose del fuego de Texas y sus amigos para terminar por lanzar al río los caballos.

Su idea era atravesar la corriente, y unos desde el interior de

ella y otros por la espalda, dividir las escasas fuerzas de los defensores y batirlos.

Texas se dio cuenta de la maniobra y se inquietó. No confiaba mucho en la acometividad y valor de los dos obreros, y ellos dos solos, contra una docena de jinetes que aún quedaban en pie, iban a resultar pocos para contener el avance y defenderse.

Pero abandonar tan buena posición defensiva era exponerse a descubrir sus cuerpos, y no les interesaba pasar semejante peligro. Harían cara a los cuatro lados y ya verían cómo podían evitar ser copados.

Los dos jinetes más próximos dentro de la corriente, buscaron la forma de disparar contra el improvisado parapeto, pero el nerviosismo de sus caballos luchando con la corriente les impedía atinar la puntería, y Texas logró alcanzar al de su lado, mientras Nino ponía fuera de combate al que se aproximaba por el suyo.

Pero varios, alejándose de la trayectoria de los revólveres de tan peligrosa pareja, consiguieron vadear el río y, por la espalda, inquietar a los dos aventureros y a sus dos compañeros, distrayendo su atención, que se vio forzada a atender a todas partes.

Poco a poco, el cerco se iba estrechando. Los que se habían lanzado al río se escudaban en los caballos para disparar con menos exposición, y ya algunos proyectiles se habían clavado peligrosamente en los restos de los vagones que protegían a los cuatro defensores.

Nino rezongó:

—Bueno va, manito; me parece que esto se pone un poco feo o así, ¡maldita sea Méjico! Debíamos habernos quedado allá en la orilla. Creo yo que a caballo… ¡Toma, maldita sea tu negra jeta, sapo asqueroso, tú no volverás a clavar más tu asqueroso aguijón!

Y, al decir esto, había disparado sobre uno de los sectarios, que, escudado en su caballo, había avanzado más de lo prudente, intentando suprimirle asomando rápidamente la cabeza por encima de la silla para disparar, pero, aunque su movimiento fue veloz, lo fue más el de Nino, que acertó a clavarle una bala en la frente.

—Eso para que te libre Dios de los malos pensamientos —gruñó, mientras cargaba el revólver apresuradamente.

Gritos de rabia impotentes se elevaban de las filas enemigas cada vez que uno de sus secuaces era alcanzado por los certeros

disparos de la audaz pareja, y los dos obreros, animados por tan formidable ayuda, se crecían, realizando cuantos esfuerzos les eran posibles.

Pero, a pesar de aquel exceso de bravura, la situación empeoró al ser alcanzado en un brazo uno de los obreros. Ya no podían atender a los cuatro frentes, y sus enemigos estrechaban el cerco con decisión y arrojo.

Cuando la situación se hacía más apurada y parecía que iban a conseguir asaltar su posición, un grupo de jinetes avanzó a todo galope por la llanura, y Texas, inquieto, exclamó:

—Me parece que esto se acaba, Nino. Si esos jinetes son nuevos refuerzos para estos cerdos, nuestros minutos están contados.

—Bueno, pero caeremos mordiendo hasta subir al infierno, creo yo. A mí no me cogerán vivo.

El grupo de jinetes avanzó raudamente entre una nube de polvo que impedía distinguirlos, pero, de súbito, alguien gritó una orden, y los asaltantes, abandonando su presa, lanzaron sus caballos al río y, obligándoles a nadar desesperadamente, alcanzaron la orilla, desapareciendo con celeridad por el quebrado paisaje.

Texas aguzó la vista y por fin descubrió la identidad de los caballistas. Parecían vaqueros por el atuendo, y rabiosos alcanzaron el puente.

Todos lucían al pecho la estrella de comisarios del *sheriff*, y Texas, lanzando un suspiro de alivio, salió a su encuentro, afirmando:

—Gracias, amigos; han llegado ustedes justamente en el último minuto.

Uno de los comisarios contestó:

—No hemos podido venir antes, señor. King, el *sheriff*, tuvo que buscarnos en nuestro trabajo, y por eso perdimos algún tiempo. Nos recomendó galopar, y hemos galopado lo que hemos podido, pero ¡maldito sea el demonio!, no hemos podido llegar más a tiempo para escabechar a unos cuantos cerdos de esos… De todas formas, vemos que no han perdido ustedes el viaje.

—No lo hemos perdido. Han caído unos cuantos, pero aún han podido salvarse algunos que… ¡Oh, por el infierno! No podemos perder el tiempo. Hay que alcanzarles. Se habrán dirigido a las obras del túnel, y, si no les detenemos antes, es fácil que provoquen

allí la revuelta. Rápidos, si se sienten con ánimos, acompáñennos.

—Pues, adelante —dijo el que parecía mandar el grupo—. ¿Cree usted que serán muchos?

—Lo ignoro. Ustedes son diez, y dos nosotros, doce; no podemos decir que seamos un regimiento, pero algo podemos hacer.

El obrero que había resultado ileso reclamó sumarse a la partida, y algunos otros obreros también lo pidieron, pero no había armas y caballos para todos. Se requisaron los caballos que habían quedado sin jinete y las armas de los que habían muerto en tierra, y se logró aumentar el número de jinetes hasta veinte.

Texas hizo un cálculo mental. En el túnel trabajaban unos cien obreros, y aunque existía un porcentaje que estuviese a las órdenes del «Ku-Klux-Klan», no todos serían adeptos a él. Si podía contar aunque sólo fuese con una tercera parte, unida al nuevo refuerzo, estaba seguro de dar una fiera batida a los sectarios, y, sin dudarlo más, Se puso a la cabeza del grupo y, atemperando el trote de su poderosa montura al de sus compañeros, abandonaron el río.

CAPÍTULO ÚLTIMO

La lucha final

MIENTRAS, en el puente se desarrollaban los trágicos sucesos que habrían de infligir una nueva derrota a los «hijos del diablo», a unas cuantas millas de allí, en el campamento del túnel, se incubaba a la par el final de aquella terrible lucha.

Cuando, tras la heroica actitud de Texas, éste y su inseparable auxiliar pudieron burlar el cerco de los sectarios, el que los capitaneaba, que no era otro más que Irhis, a quién sus adeptos habían conseguido librar de la prisión, comprendió que enemigos tan excepcionales podían ser la causa de su derrota definitiva y, con ella, de su descrédito, y temeroso de las represalias que los grandes jefes pudieran tomar contra él, decidió adelantarse a los acontecimientos, tomando una actitud definitiva.

Podrían o no podrían alcanzar y descubrir a Texas y su terrible compañero, eliminando su peligro, pero, ante el temor de que así no sucediese y pudiesen echar por tierra toda su labor, encargó a James que se cuidase de localizar a los fugitivos, y a todo galope se dirigió directamente camino del túnel a entrevistarse con el capataz y llevar a término la destrucción de las obras.

Esto aceleraría el final y las consecuencias del sabotaje,

levantando una oleada de indignación en el Estado, que les obligaría a permanecer prudentes durante algún tiempo; pero era preferible, a ser derrotados sin obtener producto alguno de los esfuerzos realizados hasta el momento para llevar adelante un plan tan sutil y hábilmente trazado.

Irhis, poseído de la más honda rabia, pues era la primera vez que sufría un fracaso tan rotundo como aquél, galopaba por la llanura mordiéndose los labios con desesperación, y era muy avanzada la noche cuando cruzaba por delante de Hamilton camino de las obras.

Las luces del poblado le hicieron recordar algo que había dado al olvido. Ningún enemigo de la secta debía quedar sin castigo, y el jefe de la estación de aquel poblado había sido quien con su valiosa ayuda contribuyó en mayor escala al derrumbamiento de toda la obra.

Frenó el trote de su cabalgadura y se apeó cerca de la estación. Ésta se hallaba sumida en la penumbra y nadie circulaba por los alrededores.

Cautelosamente se dirigió a la cabina del jefe. Éste dormía, bien ajeno al peligro que se cernía sobre él, e Irhis, después de un momento de meditación, trazó un rápido plan para acabar con la vida del jefe.

Puesto que éste estaba en combinación con Texas, se presentaría en su nombre y le sorprendería, eliminándole antes de que tuviese tiempo a darse cuenta de la trampa.

Ya para nada le hacía falta el disfraz de la secta. Se despojó de él, lo lio bien, atándolo a la silla del caballo, y luego, acercándose a la cabina, llamó reciamente.

El jefe despertó sobresaltado, y, temiendo ser víctima de alguna sorpresa, empuñó el revólver y abrió con precaución.

—¿Qué desea? —preguntó, al enfrentarse con Irhis, al que no conocía.

El sectario le hizo un gesto imperioso, diciendo:

—No grite. Traigo encargo del capitán Texas para poner un telegrama al secretario de Estado. Es algo muy urgente. Está en situación comprometida y necesita ayuda inmediata.

El jefe guardó el revólver, diciendo:

—Me lo presumía. Ya le advertí que iba a luchar con enemigos

feroces. Deme el despacho.

—Me lo ha dado de palabra. No convenía que alguien pudiese interceptarlo. Haga el favor de tomar nota de él y transmítalo rápidamente. Yo tengo que marchar sin pérdida de tiempo.

El jefe se sentó ante su mesa y, tomando un papel, se dispuso a escribir.

Irhis, rápido como una centella, extrajo del bolsillo un enorme puñal y se lo clavó en la espalda antes de que el infeliz se diese cuenta de ello. El jefe emitió un rugido sordo y cayó de bruces sobre la mesa.

Irhis tomó el papel, dibujó el signo del «Ku-Klux-Klan» y salió, cerrando cuidadosamente la puerta. Cuando descubriesen el cadáver; que averiguasen quién le había dado muerte.

Satisfecho de su hazaña, abandonó la estación y a todo galope se dirigió, al río. Aún no había amanecido y los obreros todavía no habían empezado su trabajo para retirar los restos del convoy.

Su montura estaba cansadísima; había realizado una jornada agotadora de muchas millas, pero tenía que apurar su resistencia, pues necesitaba alcanzar el túnel para entrevistarse con Meister antes de que los obreros entrasen al trabajo.

Por fin, cuando el sol iba a rayar, alcanzó las obras.

El campamento aún dormía, y el agente, conociendo la choza del capataz, desmontó a prudente distancia y con sigilo se deslizó en ella.

Meister acababa de despertar, y al observar una sombra que se movía en el vano de entrada, echó mano rápida a un cuchillo, pero la voz del agente le detuvo:

—Meister, soy yo, Irhis. Necesito hablarle.

El capataz guardó el arma, preguntando:

—¿Qué diablos sucede?

—Que todo se ha descubierto y estamos a punto de sufrir un fracaso. Usted envió a los depósitos de material a dos individuos con una carta, ¿no fue así?… ¿Qué sabía usted de ellos?

—Que eran dos tipos equívocos a los que probé con resultado. Ellos volaron el tren sobré el río.

—¿Sí? Pues fue una añagaza para confiarle. Han resultado ser el capitán Texas y su ayudante, que han venido a investigar muchas cosas y a hacer fracasar nuestro trabajo. He estado a punto de morir

en sus manos, me han hecho encarcelar, me he fugado y hemos sostenido varios encuentros que nada han resuelto, pues ha salido indemne de la lucha. Presumo que, no tardando mucho, esté aquí para proceder contra nosotros, y vengo a que disponga todo para hacer volar el túnel esta misma mañana.

—¡Por el diablo! ¿Qué me está usted contando?

—Lo que oye. Hay que obrar rápidamente, antes de que todo se malogre.

—Bien, usted ordenará: pero, aparte de lo que ordene, yo le juro que ese par de tipos se las tendrán que ver conmigo, y alguno va a lamentar haberse burlado tan burdamente de mí.

—Mi idea es una —dijo Irhis—. ¿Cuántos hombres hay en las obras que nos son afectos?

—Más de la mitad, unos sesenta. He tenido buen cuidado de ir renovando parte de los que no nos servían.

—¿Y el ingeniero?

—Ése es un hueso, pero se le puede eliminar pronto.

—Bien; cuando suene la campana para el trabajo, va a disponer usted que los que no nos merecen confianza entren en el interior del túnel a trabajar. Cuando todos estén dentro, coloca usted seis individuos bien armados en la boca, con orden de recibir a tiros al primero que intente salir fuera. De esta forma anulamos de momento a los que nos pueden perturbar y quedamos dueños del terreno.

»Cuando estén anulados, hace usted atacar la cabina del ingeniero y lo despacha. Luego, se obligará a salir uno a uno a los obreros recluidos y se les desarma, atándoles reciamente para que no constituyan un estorbo, y cuando estén todos fuera, se encargará usted de colocar una buena carga de dinamita y aplicar la mecha para que vuele el túnel.

—Ese caso está previsto, señor Irhis. La carga la tengo siempre preparada en un lugar bien disimulado. No tengo otra cosa que hacer sino deslizarme dentro, prender fuego a la mecha y salir. El túnel tardará en hundirse estrepitosamente sólo unos minutos.

—Pues, en ese caso, ya tiene usted instrucciones. Prepárese a maniobrar dentro de poco. Yo me quedaré aquí escondido, hasta que tenga usted los obreros encerrados; entonces saldré a ayudarle a despachar al ingeniero y a dar cima a la obra.

Meister se ajustó el cinto, revisó la carga del revólver, llenó sus bolsillos de proyectiles y poco después salía de su choza fumando plácidamente, como si nada fuese a suceder.

Poco a poco fueron surgiendo los obreros de sus cubiles, y un rato más tarde vibró la campana anunciando la entrada al trabajo.

Meister se colocó a la puerta del túnel, diciendo:

—Un momento; hay que hacer algunos trabajos aquí fuera. Parte de la gente necesito que se quede una hora los demás seguirán su trabajo diario. Venga la lista de personal.

Fué nombrando alternativamente. Los nombrados debían entrar en el túnel, y los no citados quedarse fuera. Cuando terminó de leer la relación y vio desaparecer al último por la negra boca con las lámparas de petróleo en la mano, hizo señas a seis de los más bruscos y en voz baja les ordenó:

—Empuñad el revólver y guardad la salida. Al primero que intente salir, pase lo que pase, le tumbáis de un tiro. Que no salga ni uno.

Los elegidos sonrieron ferozmente y, sacando las armas, se dispusieron a cumplir el mandato del capataz.

Meister volvió a su choza y, asomando la cabeza, exclamó:

—Todo hecho, señor Irhis; puede usted salir.

El agente abandonó el interior, con el revólver en la mano, ordenando:

—Elija una docena de hombres… Vamos a deshacernos del ingeniero.

El capataz señaló a varios con la mano, diciendo:

—Vosotros, adelante; vamos a liquidar a ese tipo.

En pelotón avanzaron hacia la cabina de Spell, dispuestos a sorprenderle, pero el ingeniero, que había madrugado y vigilaba el campamento desde lo alto de su garita, observó algo raro en lo que estaba pasando y se preparó, pues a cada momento temía la explosión del sabotaje.

Se había ceñido el cinto con los dos revólveres, cuando vio avanzar a Meister con varios obreros y a un desconocido junto a ellos, y ya no tuvo duda alguna de lo que se tramaba.

Con celeridad atrancó la puerta con la gruesa rama y subió la escalerilla, posesionándose del mirador. Podía abarcar los cuatro costados y nadie podía alcanzar la altura sin pasar por la puerta,

Meister se detuvo ante ella, llamando.

—¿Qué sucede? —preguntó Spell.

—Abra. Tengo que comunicarle algo grave.

Spell sacó ambos brazos por el vano que se abría sobre la puerta, y gritó:

—¡Y yo a ustedes!

Vibraron dos detonaciones y dos de los obreros cayeron a tierra alcanzados por las balas, mientras Meister y el resto corrían como gamos para ponerse a cubierto de nuevos proyectiles.

A1 ruido de las detonaciones acudió el resto de los obreros, y un diluvio de balas cayó sobre la cabina, que el ingeniero se dispuso a defender heroicamente, pues sabía el final que le aguardaba.

Era suicida lo que hacía, pero no le quedaba opción. Aquellos sectarios estaban dispuestos a eliminarle, y vendería cara su vida.

El tiroteo se vio pronto aumentado, pues los obreros que habían entrado al túnel, al captar las detonaciones, comprendieron que algo grave se tramaba fuera de allí, y corrieron al exterior para averiguar lo que sucedía.

Pero los seis feroces vigilantes apercibidos, les recibieron a tiros y los tres primeros que asomaron por la negra boca cayeron delante de ella, deteniendo el avance de los demás.

Rugidos de rabia brotaban del interior del túnel. Dándose cuenta de la encerrona, disparaban sus revólveres por la boca de entrada, pero sin resultado, porque sus guardianes se hallaban separados de aquella trayectoria.

Mientras, el resto asaetaba a balazos la cabina donde Spell, casi a ciegas porque no podía asomarse al exterior y disparaba por los vanos furiosamente, temiendo de un momento a otro ver volar la puerta.

En su furia, Meister no había caído en tal posibilidad y seguía disparando rabiosamente, hasta que Irhis gritó:

—Una carga de dinamita ante la puerta, rápidos.

Varios obreros corrieron al depósito, regresando con lo pedido, y mientras la mayoría concentraba el fuego sobre el ventanal de aquel lado para impedir que Spell pudiese asomarse, uno preparó la carga y aplicó la mecha, retirándose todos a prudente distancia.

El ingeniero comprendió que había llegado el momento definitivo y se replegó hacia atrás. Sabía que en cuanto intentase

saltar le coserían a tiros.

En aquel momento un grupo de jinetes avanzó a todo galope, y Meister, volvió la cabeza, nervioso, pero Irhis, reconociéndolos, dijo:

—Son nuestros hombres. Veamos qué noticias traen.

Pero uno, adelantándose, gritó:

—Señor Irhis, no pudimos acabar con ellos cuando los teníamos vencidos. El *sheriff* de Hamilton les envió refuerzos, y hemos tenido que huir. Vienen pegados a las colas de nuestros caballos.

El aviso distrajo su atención y todos abandonaron la cabina para organizar la defensa, avanzando al encuentro de Texas y sus hombres. Spell, desde el mirador, les vio separarse, y, estimando que era una remota posibilidad de salvarse la que aquello le ofrecía, saltó elásticamente desde el mirador a tierra por la parte contraria y echó a correr como un gamo.

Apenas se había alejado unos cuantos metros, cuando el barreno estalló, volando la garita, pero sólo fragmentos de madera llegaron hasta él.

Como un sapo se pegó a la tierra tratando de pasar desapercibido, y en aquel momento un griterío espantoso llegó a sus oídos.

Al volver la cabeza descubrió un grupo de jinetes que avanzaban desplegados, y con enorme alegría reconoció al frente de ellos a Texas y a Nino.

Rígido, pegado al suelo, esperó… Cuando se generalizase la pelea y nadie se ocupase de él, vería la forma de sumarse a los atacantes.

Pronto se entabló una pelea feroz.

Irhis y Meister, rebosantes de alegría, aceptaron el combate, seguros de su triunfo. Los asaltantes eran solamente veinte, mientras ellos formaban un grupo de cerca de sesenta.

Ciegamente avanzaron hacia sus enemigos, disparando rabiosamente, pero la réplica fue mortal, pues muchos de ellos, excelentes tiradores, sabían galopar con desenfreno para burlar el blanco y al tiempo disparar con eficacia.

Varios cayeron alcanzados por los primeros disparos. Solamente contaban con caballos los recién llegados, y los obreros tenían que pelear a pie, con gran desventaja para ellos.

Los seis vigilantes, al observar el peligro, perdieron el control de sus nervios y, olvidando a los encerrados, o creyendo que no se atreverían a salir, se sumaron a sus compañeros de lucha, descuidando el túnel.

Pero súbitamente una nueva avalancha de enemigos les cayó encima por la espalda. Un obrero temerario avanzó a la salida, y, al observar que estaba libre, hizo señas a sus compañeros, siendo seguido por éstos furiosamente.



Un enorme pánico se produjo en las filas de los sectarios. Irhis, alcanzado en plena frente, cayó a tierra con la cabeza volarla, y Meister, con los ojos inyectados en sangre, seguro de la derrota, concibió una idea desesperada.

Aprovechando la confusión de la pelea, se deslizó dentro del túnel, buscó el lugar oculto donde tenía preparada la carga de dinamita, y, prendiendo fuego a la mecha, volvió a salir, sonriendo ferozmente.

El túnel volaría, y, si la suerte le ayudaba, se escabulliría echando mano al primer caballo que encontrase suelto.

Pero en el momento que asomaba, la cabeza por la boca del túnel Nino le distinguió y, encañonándole rápidamente, disparó. La bala se le clavó en el pecho y cayó en la misma entrada, sin ánimos

para abandonar tan peligroso lugar.

Los sectarios, derrotados, se replegaron, y alocados, sin saber cómo escapar de tan terrible peligro, se lanzaron en tropel dentro del túnel, dispuestos a defenderse en él.

Meister, medio agonizante, quiso gritar, advertirles del peligro, para que no penetrasen, pero fue inútil. La avalancha, ciega de pánico, le arrolló, y en tropel se hundieron en las sombrías entrañas del túnel.

Sus perseguidores intentaron seguirles, pero a una voz de Texas se detuvieron. No merecía la pena exponer la vida, cuando estaban bien seguros, y tarde o temprano se verían obligados a salir y rendirse.

Spell, que había salvado la vida merced a la oportuna llegada de Texas, estrechaba la mano de éste, dándole cuenta de su odisea, y le escuchaban con emoción, rodeándole, cuando, de súbdito, vibró una sorda explosión seguida de otras más audibles, y, de repente, cientos de toneladas de piedra se elevaron por el aire, la negra boca del túnel se resquebrajó hundiéndose hasta taponar la salida y la configuración de aquella parte baja de la montaña varió por efecto de la explosión.

Algunos de los hombres pertenecientes al *sheriff* fueron alcanzados, siendo heridos, aunque casi todos de escasa importancia, pero la obra que tanto estaba costando llevar a cabo se había quebrado, retrasando Dios sabía por cuánto tiempo su puesta en marcha.

Texas, con los dientes apretados, se quedó con los ojos clavados en el derruido túnel que había servido de sepultura a los saboteadores, y rugió:

—Bien; habrá que volver a empezar, pero esta vez con mayor cuidado para que no se filtren de nuevo elementos de esta calaña. Por fortuna, la lección ha sido para ellos trágica. Señor Spell, con ayuda del *sheriff*, cuándo venga, se cuidará usted de buscar elementos afines que descombren el interior y puedan reanudar la obra. Pronto recibirá usted materiales y soldados para que vigilen y se eviten nuevos intentos; en cuanto a mí, ya nada me queda por hacer aquí; en cambio, en el Este, en una villa muy tranquila y suntuosa, hay alguien que mueve los muñecos descuidadamente, y esa persona tiene que desaparecer. Nino, a caballo. Tenemos que

tomar el tren y volar a Richmond. Es allí donde estamos haciendo verdadera falta.

Y, dando el ejemplo, montó a caballo, seguido, por el fiel mejicano, que estaba dispuesto a ir al fin del mundo con Jim.



¡Oeste!...

Las mejores novelas de vaqueros, originales de los más prestigiosos autores ingleses y norteamericanos, se publican quincenalmente en la famosa colección

SUPERAVENTURA

que ha seleccionado cuidadosamente para usted las mejores y más extraordinarias obras del género.

OBRAS PUBLICADAS

GRANT TAYLOR . . . HABLA EL "COLT"

ALLAN VAUGH ELSTON. . . TODO UN VAQUERO

CADDO CAMERON . . . DUROS DE PELAR

DE PROXIMA PUBLICACION

Obras de **Colt Mac Donald, James B. Hendryx, Jackson Gregory, Nels Leroy Jorgensen, Bruce Douglas, Peter Field**, etc.

¡Las novelas que se leen más de una vez y que recomendará a sus amistades! * ¡Iguales o superiores a las mejores que usted haya leído!

Cada uno de sus títulos constituye una lectura llena de ¡INTERES! * ¡AMENIDAD! * ¡EMOCION!

Precio: 6 pesetas



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».